

AUSCULTACIÓN LITERARIA ENTRE LAS CENIZAS: LA IDENTIDAD EN LAS
NOVELAS *EL PASAJERO WALTER BENJAMIN* Y *OSCURO BOSQUE OSCURO*.
NARRATIVA HISPANOAMERICANA DE TEMA JUDÍO. ESTUDIO
COMPARADO.



Universidad
del Cauca

MARÍA CATALINA LÓPEZ VENEGAS

UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE ESPAÑOL Y LITERATURA
POPAYÁN

-2023-

AUSCULTACIÓN LITERARIA ENTRE LAS CENIZAS: LA IDENTIDAD EN LAS
NOVELAS *EL PASAJERO* WALTER BENJAMIN Y *OSCURO BOSQUE OSCURO*.
NARRATIVA HISPANOAMERICANA DE TEMA JUDÍO. ESTUDIO
COMPARADO.



Universidad
del Cauca

MARÍA CATALINA LÓPEZ VENEGAS

Trabajo de grado para optar por el título de Licenciada en Literatura y Lengua
Castellana

DIRECTORA

DRA. PATRICIA ARISTIZÁBAL MONTES

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ESPAÑOL Y LITERATURA

POPAYÁN

-2023-

NOTA DE ACEPTACIÓN

La directora y jurados del trabajo de grado Auscultación literaria entre las cenizas: la identidad en las novelas *El Pasajero Walter Benjamin* y *Oscuro Bosque Oscuro*. Narrativa hispanoamericana de tema judío. Estudio comparado, presentado por la estudiante María Catalina López Venegas, una vez revisado el informe final y aprobada la sustentación del mismo, autorizan a su autora para que realice gestiones administrativas correspondientes a su título profesional.

Directora

Jurado

Jurado

Popayán, 2023

DEDICATORIA

A los amores de mi vida: papá, mamá, Juanse y Javi

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	6
Capítulo I: Esbozando caminos.....	9
Capítulo II: Un naufragio en tierra firme.....	27
Capítulo III: Érase una vez una identidad.....	39
Conclusiones.....	61
Referencias.....	65

INTRODUCCIÓN

La catástrofe humana del genocidio del pueblo judío, liderado por la Alemania nazi en cabeza de Adolf Hitler durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), nos lanza a una constante reflexión por lo humano en el intento de comprender qué lo conforma y cuáles son sus límites. Producto de esta meditación, llevada a cabo tanto por agentes ajenos como partícipes directos del genocidio, nacen obras narrativas y poéticas que entran a poner en juego la realidad y el lenguaje, desafiando la idea de Theodor Adorno de la imposibilidad de escribir después de Auschwitz e incluso optando por una perspectiva benjaminiana al asumir la escritura como necesidad, otorgándole a la misma el deber de “decir lo indecible”.

A partir del reto que se les adjudica a estas literaturas del genocidio, persecución y migración judías durante el nazismo, nace el interés por realizar una búsqueda, dentro de las narrativas hispanoamericanas de tema judío, de aquellos relatos que acercan al lector, mediante el testimonio o ficción, a los acontecimientos sufridos por el pueblo judío durante el Tercer Reich. Dicha búsqueda también arroja como resultado la presencia de una limitada bibliografía que estudie la cuestión judía en estas obras literarias, especialmente en el ámbito colombiano. En consecuencia, el presente trabajo de investigación tiene como objetivo analizar, desde un estudio comparativo y teniendo como eje temático la identidad y sus transformaciones en el contexto bélico, las obras literarias hispanoamericanas de tema judío tituladas *El pasajero Walter Benjamin*, del escritor colombiano Ricardo Cano Gaviria, y *Oscuro bosque Oscuro*, del autor mexicano Jorge Volpi.

La importancia de acercarnos y reflexionar en torno a estas literaturas encuentra fundamento en el carácter imperativo que posee el reconocer el sufrimiento de un pueblo, que es el sufrimiento del hombre mismo. Y, en ese proceso, poder pensarnos a nosotros mismos con relación a esa alteridad o alteridades que podemos estar ayudando a construir o destruir. Es por tanto una llamada al lector a internarse en los laberintos de una memoria histórica, donde cada padecimiento logra formas tan particulares que la desbordan, en el intento de establecer un diálogo con acontecimientos cuya actualidad se muestra inagotable.

El presente trabajo es, por otra parte, una recriminación y rechazo a aquel tipo de silencio que da cabida a posturas como el negacionismo, el cual intenta impugnar (no sé si desde una postura de ignorancia, ausencia de ingenio o vil inhumanidad) la existencia de los campos de concentración y el genocidio. Por tanto, este estudio se plantea como un reconocimiento de esas voces cuyos ecos no se desvanecen en las profundidades del espacio y el tiempo, sino que viven ancladas a una realidad aun convulsa, realidad cuyo estado es producto de haber olvidado abrazar a aquella memoria que guarda el recuerdo de los caminos ya recorridos y sus fatales desembocaduras.

Con relación a esto, hallamos una constante dentro de las narrativas de tema judío que corresponde a la voluntad de contar para no olvidar. Sin embargo, esto no se limita a una reconstrucción de hechos y acontecimientos puntuales vivenciados por el judío durante la guerra, sino que se debe apuntar a que el recuerdo esté atado a una rememoración, no de los acontecimientos como tal, sino de las sensaciones y sentimientos nacidos de dichos acontecimientos, lugar donde la literatura puede alzarse como experiencia estética portadora de una posibilidad de armisticio con el olvido, posibilidad

cuya existencia busca ser develada u objetada por el lector mediante análisis como el que aquí nos proponemos.

Así pues, el presente trabajo de investigación se halla conformado por tres capítulos: el primero de ellos se titula “Esbozando caminos”, en el cual se plantea una contextualización de los elementos históricos fundamentales de la cuestión judía en la historia contemporánea, tanto a nivel nacional como internacional. Posteriormente, en el capítulo dos, que lleva por nombre “Un naufragio en tierra firme”, se realiza el análisis a la novela *El pasajero Walter Benjamin* mediante la reflexión sobre la identidad del personaje principal judío y sus transformaciones a lo largo de la novela. Seguidamente, en el capítulo tres, denominado “Érase una vez una identidad...”, el lector encontrará el análisis de la novela *Oscuro bosque oscuro* y el estudio comparativo entre las identidades de los personajes de Volpi y el personaje principal de Cano Gaviria. Por último, en el apartado de “Conclusiones”, se halla el cierre de la argumentación y las consideraciones finales de lo expuesto a lo largo del trabajo, enfatizando en que el tema queda aún abierto a diversidad de miradas e interpretaciones.

CAPÍTULO I

ESBOZANDO CAMINOS

El ser humano se encuentra en un constante vaivén, en el ritmo de un oleaje que lo eleva y lo deja caer; en un permanente subir y bajar donde la estabilidad es momentánea, si acaso ilusoria, porque todo permanece en un constante movimiento, un constante cambio. Si continuamos mar adentro, y la vida se convierte en una batalla oceánica, en la convergencia de la inmensidad, la belleza y lo inesperado, el hombre va sorteando su trasegar confiando en posibilidades, posibilidades que, si bien pueden transformarse y convertirse en certezas, en su núcleo mismo no son más que un impulso por creer en la vida.

Pero esa idea de vida en la que confiamos para continuar, buscamos desentrañarla, sentirla, olerla, entenderla. Y entonces podemos darnos cuenta que no somos los únicos en la batalla, que ha habido algunos que lucharon por diez años; ni somos los únicos que han decidido enfrentarse al mar, sino que otros anduvieron perdidos antes de llegar a su Ítaca; que quizá, si tenemos la suerte de encontrar un buen libro, también tengamos en las manos a un Virgilio; y si la existencia nos pesa, podamos lanzar un “ser o no ser” que lo deconstruya todo.

Porque vivir, vivir es intenso, es una maravilla que agota, que desgasta. Y vivir con la literatura es apropiarse de la intensidad de la vida y decidir sufrir de mil maneras más, decidir amar de otras mil formas diferentes, de llorar con otros ritmos, con otros ojos y entregarse a una constante reflexión y expresión que nos alimenta las posibilidades o nos las destruye.

Por tanto, la literatura se nos presenta con esa dualidad, conteniendo la vida y la muerte y, en cierta medida, creándolas. No la reducimos a la forma, a la técnica, aunque esta sea parte importante de ella. El mismo Todorov, en su libro *La literatura en peligro* (2017), se refirió a esta, a la literatura, como aquello que lo ayuda a vivir. Y si volvemos a nuestro mar, a las olas que nos azotan y levantan, vemos que la barca que nos sostiene no son más que palabras, ideas, libros que nos permiten sortear los días, caminos y tiempos.

Primo Levi, en su trabajo como escritor, logró en su querer decir, en su querer contar, asir esta conexión entre la literatura y las humanidades desde el instante inicial en el que en su primer libro se pregunta y cuestiona por lo humano: *Si esto es un hombre* (1947) es la muestra misma de un tejido de dolor, de sufrimiento, con algunos resquicios de bondad y esperanza; es el hombre luchando por mantener su dignidad humana mientras su opresor ya ha abandonado cualquier categoría de lo humano.

Sumado a lo anterior, la mención a Levi no sólo se presenta como un gran ejemplo de la relación entre literatura y humanidades, sino que a su vez nos encausa en los hechos históricos que son de interés particular del presente trabajo. Por lo tanto, así como muchos investigadores ya lo han hecho y se lo han planteado, podemos partir de la siguiente pregunta para empezar a comprender gran parte del contexto que cobija la experiencia y escritura de judíos como Primo Levi: ¿cómo el judío, la humanidad, llegó a Auschwitz?

La cuestión judía abarca el trasegar de un pueblo, sus desafíos y vivencias, por más de dos mil años. Dicho trasegar, caracterizado por la diáspora, podemos dividirlo en dos momentos: su persecución y conversión forzosa producto del antijudaísmo y, de

nuevo, su persecución pero a la vez exterminio nacido del ánimo antisemita. Del primero podemos referir, brevemente, que tiene lugar a partir de finales del siglo IV, cuando ocurre la instauración del catolicismo como religión oficial en Occidente (Roudinesco, 2011, p. 17). Del segundo, podemos afirmar que se gesta cuando empiezan a aparecer términos como “raza”, “semita” y “ario” alrededor del siglo XVII, apoyándose posteriormente en los revolucionarios postulados evolucionistas de Charles Darwin.

Si bien el presente trabajo posee como uno de sus puntos primordiales realizar una reflexión, desde la literatura, de las consecuencias humanas del antisemitismo, es importante mencionar la existencia anterior del antijudaísmo en la medida en que permite comprender, desde un punto de vista más preciso, lo que ha cargado, desde hace siglos, el pueblo judío: su diáspora, que parece conformarlo y caracterizarlo y, además, su constante conflicto con la otredad, conflicto que trasgrede la ética, comprendiendo esta última desde lo que propone Emmanuel Lévinas en su teoría de la subjetividad, donde afirma que nuestra identidad se funda en una responsabilidad por el otro, responsabilidad que antecede a la formación social de la identidad, siendo esta anterioridad absoluta del otro la que constituye el terreno de la ética (Loureiro, A, 2010, p. 24-25).

Asimismo, es preciso marcar la diferencia entre antijudaísmo y antisemitismo, para así poder finalmente centrarnos en este último dada la prioridad que posee. Desde lo expuesto por Hannah Arendt (1951) y Élisabeth Roudinesco (2011) hallamos que el antijudaísmo se refiere al rechazo y odio al judío en cuanto es perteneciente a una religión, en este caso, el judaísmo. En consecuencia, con el antijudaísmo lo que se

buscaba era exiliar al judío o convertirlo al catolicismo, lo que dio cabida a la utilización de métodos de tortura. Sin embargo, a diferencia del antijudaísmo, el antisemitismo conlleva el ánimo y acto de persecución y exterminio contra los judíos, constituyéndose como una ideología racista que señala al judío como un espécimen perteneciente a una raza inferior, atacando, no una religión, sino el ser humano en cuanto tal, encerrándolo en un estereotipo que desprezará rasgos físicos y comportamentales.

Por consiguiente, si retomamos las ideas de Lévinas, la complejidad de la cuestión judía se verá marcada por el señalamiento y rechazo hacia un grupo específico, donde la confluencia del no judío con el judío no se halla concebida como el encuentro con la otredad sino con un «especimen» inferior, de allí que la afección de dicho encuentro no genere una responsabilidad que valora la existencia de ese otro, sino que lo observa y ataca como una amenaza.

De igual manera, hallamos que gran parte del fundamento teórico que contrapone una raza denominada “semita” con la llamada “aria”, se debe al análisis, que pretendía ser filológico, del francés Ernest Renan titulado *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*. De aquí surgen gran parte de las bases del antisemitismo (Roudinesco, 2011), que llevan a pensar que, para una sana y fructífera evolución del hombre, la raza que debe supervivir es la aria, pues posee las características, tanto físicas como psicológicas, que permitirán el correcto avance de la especie humana. Se hace entonces evidente la marcada línea biologicista, que incluso lleva a la creación de métodos eugenésicos.

Veremos que dentro de las características que se le adjudicarán a la raza judía se destacarán, en cuanto a lo físico, una nariz aguileña y, respecto a lo comportamental, se

les tachará de avaros y tacaños. La imagen del judío como el ser que se enriquece y tiene fortuna en los negocios podemos verla expresada desde los regímenes monárquicos cuando el judío colaboraba en el sostenimiento económico ayudando al monarca. Hannah Arendt en *Los Orígenes del Totalitarismo* (1951) realiza una descripción detallada del papel del judío como financiador y prestamista de las Naciones-Estado: un gran ejemplo es la Casa Rothschild, una numerosa familia de prestamistas que obtuvo un gran poder económico a nivel internacional, buscando un posicionamiento intereuropeo.

Asimismo, Arendt afirma que, al presentarse el declive en la demanda o necesidad de banqueros, los judíos empezaron habitar otros ámbitos o campos que se dedicaban al trabajo intelectual. De la emancipación de los judíos del Estado, y por tanto empezando a abandonar su papel de financiadores, nace el ánimo de este grupo por pertenecer y ser aceptado por los no judíos, sin embargo, es aquí donde hallarán mayor discriminación. Posteriormente, se observa cómo, a partir de las leyes de Núremberg proclamadas en 1935, los derechos básicos de los judíos se verán disminuidos e incluso violentados, impidiéndoles aspectos de la vida cotidiana tales como usar el transporte público, estudiar una carrera universitaria e incluso tener una ciudadanía.

Para la llegada de la década de los treinta el antisemitismo comienza a estar en furor dada la instauración del Tercer Reich en Alemania en 1933 al mando de Adolf Hitler. Si bien desde años posteriores se evidenciaba una creciente emigración judía, esta halló su auge con el posicionamiento de la Alemania Nazi. Aunque gracias a Theodor Herzl, considerado como el padre del sionismo, empieza a ser palpable la idea del Estado de Israel como la tierra prometida para los judíos, muchos emigraron a otras

regiones que, por muy apartadas del territorio alemán, como Colombia, guardaban sentimientos antisemitas.

La inmigración de judíos a Colombia, principalmente provenientes de Polonia, marcó un gran descontento social. Dicho descontento se presentó no sólo como el resultado de haber acuñado en el territorio los discursos antisemitas que señalaban al judío como una plaga, como una raza maligna, sino que a su vez tuvo lugar dado que el grupo judío que llegó al país fue generando una revolución económica, especialmente para las clases sociales vulnerables.

Lina María Leal Villamizar (2015) nos explica que los judíos que lograron entrar a Colombia se dedicaron, en su gran mayoría, a las ventas puerta a puerta, principalmente de telas o confecciones. Al grupo de judíos que utilizaban este tipo de método comercial se les denominó *Klappers* y su característica distintiva de venta eran los llamados “plazos polacos”, que les permitía a sus compradores ir pagando los productos que adquirirían poco a poco. Este cambio en la adquisición de los bienes les permitió a las personas de menores recursos económicos conseguir productos que antes no estaban a su alcance y, por ende, la clase social alta se sintió inconforme al observar que las personas de la concebida como clase baja colombiana podían obtener muchos de los productos que se consideraban exclusivos.

Como consecuencia del descontento social que calificaba al judío como ambicioso y usurero, las leyes de inmigración colombianas fueron cada vez más severas. Sin embargo, esto también se debió en mayor medida al entonces ministro de Relaciones Exteriores Luis López de Mesa, quien, cegado por un antisemitismo y fiel creyente de una ideología biologicista a partir de la cual justificaba que el ingreso de extranjeros a

Colombia debía beneficiar al mejoramiento de la raza, establecía restricciones al ingreso de judíos polacos y alemanes. Mientras las expresiones y actos de odio contra los judíos iban en aumento en Europa, ejemplo de ello tenemos la «Noche de los cristales rotos» en noviembre de 1938, de manera casi proporcional la entrada de judíos al país se veía cada vez más limitada e impedida. López de Mesa emitió, para 1939, la siguiente orden:

Considera el Gobierno que la cifra de cinco mil judíos actualmente establecidos en Colombia, constituyen ya un porcentaje imposible de superar, a pesar de los sentimientos humanitarios que naturalmente inclinan la acogida benévola de las minorías raciales hoy perseguidas (...) De lo que se trata ahora es de impedir, hasta donde sea humanamente posible, que entren a Colombia judíos rumanos, polacos, checos, búlgaros, rusos, italianos. Etc. (Galvis y Donadío, 2011, p. 253).

Posteriormente, se observa que en Alemania los judíos empiezan a ser capturados y llevados a campos de concentración. Un nombre que la historia ni la humanidad olvidarán será *Auschwitz*, el gran campo de exterminio donde millones de personas judías fueron gaseadas y asesinadas de las maneras más viles y mecanizadas jamás antes vistas. Con un letrero portador de la reconocida frase *Arbeit Macht Frei* (El trabajo los hará libres) fueron recibidos cada uno de los judíos que bajaron del vagón de ganado en el que fueron apiñados y transportados por días, por semanas.

Para muchos de los pies cansados, adoloridos, de las manos curtidas y rostros ensombrecidos, Auschwitz fue el inicio y el fin. La vida humana pasó a ser superflua, y mientras el sufrimiento supuraba por las heridas, otros gozaban al generar esas heridas. Las filas de elección era el poder otorgado al hombre para decidir quién tenía derecho a vivir y quién no. La comida era un lujo; bañarse era un lujo; tener una prenda para

vestirse era un lujo. Los judíos dormían hacinados en barracones y de ellos mismos desprendía un olor a putrefacción: suciedad y muerte.

Con la victoria en 1945 de los países Aliados liderados por Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión soviética, se da fin a la Segunda Guerra Mundial y gran número de colaboracionistas nazi son llevados a juicio en Israel: el caso más resaltado será el de Adolf Eichman, uno de los más importantes oficiales del nazismo.

Ante la creciente ola de justicia que despierta a los tribunales de Israel y Europa finalizada la guerra, llega un momento clave en la evaluación y reflexión de las acciones perpetradas contra el pueblo judío. Este instante fundamental refiere a una pregunta que apela al lenguaje, a la capacidad del mismo para construir la realidad y explicarla: ¿cómo denominar al asesinato sistemático de judíos llevado a cabo por los nazis? El pueblo judío le otorgó un nombre: *Shoá*. De igual manera, en diversos textos históricos se le llama Holocausto. Aun así, en el presente trabajo nos ceñimos al término Genocidio, argumentando nuestra posición desde lo que explica Roudinesco en su texto, “A vueltas con la cuestión judía” (2011), donde afirma, en un primer momento, que el término *Shoá* refiere originalmente a las catástrofes enviadas por Dios al pueblo judío, y Holocausto al sacrificio de un animal macho por el fuego. Seguidamente la escritora francesa da a conocer qué abarca la denominación de genocidio adoptada por la ONU en 1948:

(...) se definió entonces como acto cometido con la intención de destruir en todo o en parte a un grupo nacional, étnico, racial o religioso en cuanto tal: 1) Asesinato de miembros del grupo. 2) Agresión grave contra la integridad física o mental de miembros del grupo. 3) Sometimiento intencional del grupo a

condiciones de existencia que comporten su destrucción física total o parcial. 4) Medidas tendentes a impedir los nacimientos en el seno del grupo. 5) Traslado forzoso de niños del grupo a otro grupo. (p. 165).

Sin embargo, aunque hubiese una evidencia palpable del genocidio, que miles de voces dieran su testimonio y entregaran sus memorias con el fin de buscar una justicia que evitara la repetición de un hecho tan atroz, también tuvo cabida el surgimiento del negacionismo, una actitud obstinada y dañina en cuanto antisemita, que desdibuja la realidad y concibe el exterminio judío como inexistente. Este delirio a su vez busca deslegitimar al Estado de Israel y manipular la memoria para que Auschwitz sea olvidado.

Pero los procesos de reconstrucción de memoria, y los recuerdos que emergen de dichos procesos, no se borran ni se deslegitiman tan fácilmente como con la llegada de un delirio negacionista. Es fundamental el foco que la historia ha otorgado a los hechos, es decir, el eje a partir del cual se empieza a contar esa historia: la víctima. Como lo expresa Ángel G. Loureiro (2010): “De una historia cargada de promesas de un futuro mejor, hemos pasado a una visión de la historia como agravio. [...] la víctima, ya no el héroe, ha pasado a ocupar el centro de atención de la historia” (p. 37).

Y resulta que muchas de esas víctimas han alzado su voz y encontrado en la literatura un camino que nos retrata su exilio, diáspora y sobrevivencia en los campos. Muchas de estas narrativas no sólo cubren a las regiones y países de Europa, siendo estos escritos categorizados como «literatura concentracionaria», sino que también, en el ámbito hispanoamericano, se posee un corpus literario que nos permite acercarnos a las migraciones del pueblo judío, principalmente en el marco de la Segunda Guerra

Mundial, su intento por reinventarse la vida y sus experiencias de persecución y tortura. A este grupo de narrativas las denominaremos en el presente trabajo como literatura hispanoamericana de tema judío, sin embargo, es preciso dar mayor claridad sobre lo que esta categoría abarca.

Cuando hablamos de literatura hispanoamericana de tema judío incluimos todas las obras hispanoamericanas cuyo tema principal esté ligado al ser judío, a su cultura o a la historia de su pueblo. Por tanto, no sólo nos referimos a acontecimientos enmarcados durante el genocidio, sino también a cualquier otro evento o suceso, sea ficticio o real, que tenga como protagonista al judío. De igual manera, el autor puede o no ser judío, lo cual abre la puerta a tener categorías como la autobiografía, el testimonio o el relato ficcional, cada uno caracterizado por unos rasgos específicos que nos permiten hacer un análisis de las obras desde diferentes perspectivas y temas.

Sumado a lo anterior, es menester aclarar que lo denominado como «relato ficcional» refiere a las obras cuyos hechos narrados o grupo de situaciones que la conforman no se pueden ubicar en una realidad histórica puntual dado que no acontecieron, pero esto no implica que no se sirvan de sucesos reales o incluso hagan referencia a los mismos para construir la narración. De igual manera, mencionar esta categoría de relato ficcional junto con la de autobiografía y el testimonio, de ninguna manera implica que se consideren ausentes de ficción los relatos autobiográficos o testimoniales, sino lo que se busca es señalar que en estos dos prima un discurso o narración que pretende ser fiel a una realidad aun cuando se reconoce la imposibilidad de acercarse de manera objetiva a los acontecimientos, dado que la experiencia está mediada por emociones, sentimientos, memorias e identidades que ocasionan que dos

personas puedan interpretar un mismo hecho desde diferentes puntos de vista y, por tanto, narrarlo con tonalidades distintas.

Ahora bien, desde el ámbito hispanoamericano, en el presente trabajo contamos con tres grandes referentes dentro de la literatura de tema judío: Jorge Semprún, Margo Glantz y Jorge Volpi. Semprún, escritor de origen español, siendo refugiado durante la Segunda Guerra Mundial en Francia, país ocupado por la Alemania nazi, decide combatir en la Resistencia hasta que es capturado y deportado al campo de concentración *Buchenwald*. Allí se enfrentaría a la tortura y deshumanización, experiencia que marcaría profundamente su literatura, publicando su primera novela titulada *El largo viaje* (1963), relato en el que se narran muchas de las vivencias de Semprún en el campo nazi.

Seguidamente, podemos referirnos a la escritora mexicana Margo Glantz y su novela *Las Genealogías* (1981), en la que se narra la historia de los padres y de la familia judía de Margo: tanto su cotidianidad antes de su llegada a México, como el proceso de inmigración, encuentro y adaptación en el país latinoamericano. Para esto, la escritora construye el relato a partir de entrevistas realizadas a sus padres, de allí que el lector encuentre una primacía en el uso de diálogos para la construcción del texto. Adicionalmente, es la voz de Margo, como narrador-personaje, la que nos acerca a las peripecias y alegrías de la familia Glantz.

Sumado a lo anterior, esta obra significa la finalización de una búsqueda que la autora emprendió años atrás respecto a su historia familiar. Por tanto, la novela se presenta como el cierre, no sólo de una temática, sino de una búsqueda de identidad. Adicionalmente, el texto se revela como un compendio de datos históricos que permiten

comprender gran parte de los procesos migratorios de judíos a Latinoamérica, específicamente México, y da cabida a establecer un análisis en lo que respecta a la presencia de un ánimo antisemita en América Latina. En consecuencia, la obra de Margo Glantz responde a temas fundamentales de la literatura hispanoamericana de tema judío: la migración y el desplazamiento.

En cuanto a Jorge Volpi, escritor mexicano, su interés por la escritura de una novela de tema judío no parte de una experiencia cercana o familiar, de allí que su novela *Oscuro bosque Oscuro* (2009) no nazca como un producto autobiográfico, sino más bien como un relato ficcional con elementos de un trabajo testimonial, gracias a que Volpi parte de un hecho real (una noticia que encuentra el escritor en torno al asesinato de niños judíos en una localidad alemana) desde el que construye la historia de un batallón militar que se encargará de asesinar a niños judíos. Asimismo, para narrar los acontecimientos, el escritor tomará como principal elemento narrativo la rescritura de cuentos de hadas.

Por otra parte, acercándonos a la especificidad de la esfera colombiana, hallamos que, además de presentarse una barrera para conseguir las obras literarias dada su poca y hasta nula comercialización, los análisis literarios sobre dichas obras que se encuentren centrados en el estudio de la particularidad de “lo judío” son realmente escasos, de allí que se considere significativo mencionar los trabajos y reflexiones encontradas: Nora Eidelberg “Tres escritores judeo-colombianos: Guberek, Brainski y Bibliowicz” (2000); Álvaro Pineda “Semitismo y modernidad: David, hijo de Palestina” (2000); Lorena Cardona “Letras en la diáspora. Literatura judía en Colombia, siglo XX” (2015); y finalmente, Juan Carrillo “La amenaza y la exclusión: Dinámicas de representación

cultural del sujeto nacional y el otro (judío) en *Gentes en la Noria: Cuentos bogotanos 1945 de Salomón Brainski*” (2016).

En la mayoría de los mencionados estudios hallaremos en común (además de lo que parece un interés nacido a partir de los años 2000’s alrededor de la narrativa de tema judío) el análisis únicamente de las obras de Salomón Brainski, Simón Guberek y Azriel Bibliowicz. En consecuencia, se hace necesario caracterizar brevemente el tema principal de las obras de estos autores, a la vez que ampliar el panorama y mencionar otros textos y narrativas que han surgido a lo largo de los años.

Por lo tanto, en lo que respecta al corpus literario de la narrativa colombiana de tema judío podemos referir, en primer lugar, el volumen de cuentos del judío polaco Salomón Brainski titulado *Gentes en la noria: cuentos bogotanos* (1945). En este conjunto de relatos, Brainski narra el encuentro entre la cultura judía y la colombiana, las dificultades y retos a los que se enfrenta el judío en un nuevo territorio y, al mismo tiempo, permite observar los conflictos y dolencias del bogotano de clase media y baja, la pobreza y desigualdad social.

De igual manera, podemos encontrar las crónicas del judío Simón Guberek *Yo vi crecer un país* (1974), en las que el autor relata su encuentro con el territorio colombiano, dándonos a conocer lugares y momentos históricos del país desde su mirada de extranjero, quien a su vez está maravillado por las fortunas y belleza que logra encontrar en Colombia.

También hallamos la novela *El pasajero Benjamin* (1989) de Ricardo Cano Gaviria, reeditada en 1993 con el título *El pasajero Walter Benjamin*, con la que el autor

se hizo acreedor del Premio Navarra de Novela 1998 en España. Esta obra recrea y narra lo que sería el último día de vida del filósofo alemán de origen judío Walter Benjamin en el marco de la persecución nazi que lo obliga a emigrar. Es así como, estando en la frontera entre Francia y España, el personaje Benjamin pasa sus últimas horas entre la enfermedad, los recuerdos, las conversaciones y delirios, para finalmente suicidarse a la mañana siguiente.

Posteriormente, encontramos la novela de Azriel Bibliowicz, hijo de padres judíos nacido en Colombia, titulada *El rumor del Astracán* (1991). En esta obra, donde se narran diversos acontecimientos de la vida de los inmigrantes judíos Jacob, Saúl y Ruth, se logra retratar la dinámica cotidiana del judío que llega a la capital, sus labores comerciales, su vida religiosa y costumbres. Por tanto, si bien la novela es una construcción ficcional, esta retoma varios de los aspectos sociales que marcaron la llegada y la estancia de judíos en los años treinta y cuarenta en Colombia, tales como los costos y dificultades para obtener el visado, a la vez que el oficio de *Klappers* y vendedores de telas, tarea que asumieron en la novela los personajes Jacob y Saúl.

Seguidamente, podemos mencionar la novela de Juan Gabriel Vásquez *Los informantes* (2005) en la que tiene lugar la narración de un hijo que busca descubrir el pasado de su padre, pasado que se encuentra enlazado con la vida y llegada de emigrantes judíos y alemanes a Colombia. Los acontecimientos se narran desde la perspectiva de Gabriel hijo quien, a partir de la muerte de su padre, empieza a descubrir la participación del mismo en el grupo de informantes que permitió la creación de las listas negras que contenían los nombres de posibles aliados o simpatizantes con los países del Eje. Es así como, con la publicación del libro-crónica de Gabriel hijo “Una

vida en el exilio”, donde se relata la vida de Sara Guterman (amiga del padre de Gabriel), judía alemana que llega a Colombia con su familia en los años treinta y fundan el afamado hotel Nueva Europa, se da inicio al redescubrimiento de la vida judío-alemana en Duitama y Bogotá que finalizará con la publicación, dentro de la historia, de la novela *Los Informantes* (aquí el autor acude a la metaficción, ya que la novela trata de la creación de sí misma).

Otra obra que es preciso referir en el corpus literario, es la novela de Marco Schwartz *El salmo de Kaplan* (2005). El tema central de la obra gira en torno a la búsqueda de la restauración del honor y reconocimiento de un judío para sí y para su familia dentro de su comunidad judía. Dicha búsqueda, encausa a este personaje principal, el judío Jacobo Kaplan en compañía del oficial de policía Wilson Contreras, en una aventura que podríamos caracterizar como policiaca y que tiene como objetivo capturar y llevar a juicio en Israel al cabecilla de la organización antisemita “Aurora”, que se apoda El Profesor.

Adicionalmente, se nos presenta, publicada en 2016, la novela de la escritora colombiana Olga Behar titulada *Más fuerte que el Holocausto*. En este relato testimonial se narra la historia de Tashi, una joven judía que se vio obligada a sufrir las torturas e infortunios de los campos de concentración. Para la construcción de esta novela, Behar se sirve del diario íntimo de quien sería Tashi en vida y, poco a poco, va reconstruyendo, tejiendo de la mano de la ficción, los obstáculos y peripecias que debió enfrentar la protagonista en diferentes instancias de su existencia: su persecución y captura; su fuga y a la vez separación de su esposo; el largo proceso de rehacer su vida y el cuasi milagroso encuentro con su amor, para finalmente mudarse a Colombia.

Sumado a este panorama, hallamos la novela del escritor judeocolombiano Jacobo Celnik titulada *El pintor de Auschwitz* (2021), en la que se relata la historia y genealogía de una familia judía, así como los diferentes eventos y situaciones a las que esta se ve enfrentada durante su vida en Polonia y, mayormente, en su llegada y residencia en Colombia. Como acto testimonial, Celnik narra en primera persona su vida adolescente, la relación con su padre, la historia y arribo de su bisabuelo al territorio colombiano, así como la macabra experiencia de su pariente Isaac Celnik en el campo de concentración de Auschwitz.

Por último, pero no menos relevante, quisiera hacer mención de la obra de Erika Diettes titulada *Silencios* (2005), en la que la autora realiza una recopilación fotográfica (retratos) de judíos sobrevivientes del genocidio que llegaron a Colombia. A su vez, se encuentran añadidas fotografías de breves trabajos de escritura que la autora propuso a los sobrevivientes donde ellos podían contar, relatar, lo que gustaran acerca de su vida o deseos. Si bien la obra de Diettes no es de orden literario, el reconocimiento y reivindicación de la historia de cada uno de esos seres humanos amerita su mención ya que hace parte de los procesos de reconstrucción de memoria.

Además de los títulos brevemente reseñados, se pueden encontrar otras novelas colombianas de tema judío tales como *El jardín de las Weismann* (1979) de Jorge Eliécer Pardo, *Necrópolis* (2009) de Santiago Gamboa y *Migas de pan* (2013) de Azriel Bibliowicz, por mencionar algunas.

En cada una de estas historias no sólo podremos conocer aspectos históricos que nos muestran la relación entre el colombiano y el inmigrante judío, el dolor y sufrimiento de la guerra y de un pueblo, su matanza y exilio, sino que su vez se

convierte en un proceso de creación en el que el lenguaje se pone en juego en la medida en que se intenta explicar los acontecimientos que desde el mismo lenguaje se crearon: Hitler con un discurso de “progreso” convenció a millones de personas de lo que realmente era un discurso de odio. Ahora el judío y demás testigos y autores siguen creando, trazando, escribiendo, nombrando, para evitar ese silencio aterrador que lleva al olvido y propicia la repetición.

Finalmente, a lo largo de este capítulo pudimos establecer algunos puntos principales del sendero que toda la humanidad decidió recorrer y que tenía como única parada Auschwitz. Con relación a esto, la literatura nos permitirá desempolvar esas huellas, esas pisadas que llevaron al ser humano a los campos de exterminio, siendo el hombre mismo el que logró desdibujar y mal formar su rostro bajo ideologías y consignas que se fundamentaban en la destrucción, destrucción que era evidente para todos y que no se lograba maquillar bajo supuestos “sentimientos humanitarios” como decía tener López de Mesa a la vez que negaba la entrada de judíos a Colombia.

Y si bien el presente recuento es esquemático, también cabe preguntarse cuál no lo sea, porque la historia judía y el genocidio de su pueblo posee tantas aristas, tantos túneles y laberintos aún por desentrañar; tantas historias que aún se guardan en un viejo baúl o en un pequeño diario olvidado debajo del diván; tantos son los caminos que se pueden recorrer, al punto que nos enfrentamos a una guerra oceánica por salvaguardar y reconocer “lo más importante” de una memoria judía del genocidio, donde no hay un elemento que no pueda caracterizarse como esencial.

Pero ante la inmensidad de esta historia y la profundidad de los daños y sufrimientos causados al judío, no podemos quedarnos inmóviles esperando a que el

golpe de la ola nos derribe y eventualmente la marea nos deje inertes en la orilla, sino que será el trabajo, el trabajo de pensarnos los hechos con relación a las sensibilidades y cuestionarnos lo humano, lo que nos permitirá desentrañar la historia, ser merecedores de portar una voz en torno al genocidio y, eventualmente, ser libres.

CAPÍTULO II

UN NAUFRAGIO EN TIERRA FIRME

El presente capítulo tiene por objetivo realizar un acercamiento y análisis de la novela de Ricardo Cano Gaviria titulada *El pasajero Walter Benjamin*. Para esto, en un primer momento, se considera pertinente hacer un reconocimiento de la vida y trayectoria del autor colombiano, destacando su labor como escritor y sus gustos literarios, fundamentales estos para comprender el porqué de su elección temática en la novela a analizar. De igual manera, es oportuno desarrollar, brevemente, una aproximación de orden descriptivo a los sucesos narrados en la novela de Cano Gaviria. Finalmente, se llevará a cabo el correspondiente análisis que tiene como elemento central de estudio al personaje Benjamin, con el propósito de caracterizar y reflexionar respecto a la identidad en cuanto respuesta al contexto bélico, a partir de lo planteado por los filósofos Theodor Adorno, Max Horkheimer, Emmanuel Lévinas, Walter Benjamin, Giorgio Agamben, Hannah Arendt y a los escritores de origen judío Primo Levi y Edith Eger.

Por consiguiente, encontramos que nuestro autor, Ricardo Cano Gaviria, nace en Medellín, Colombia, en 1946. Realiza sus estudios en el Instituto San Carlos, graduándose de bachiller en 1964. Al año siguiente, decide vincularse como docente en el instituto del que se graduó, orientando los cursos de filosofía y psicología, a la vez que empieza sus estudios de pregrado en la Universidad de Antioquia, siendo de igual manera nombrado como profesor asistente de sociología, sin embargo, decide abandonar la universidad después de obtener matrícula condicional por participar en una huelga.

Seguidamente, en 1968 se radica en Bogotá y empieza a trabajar en la librería Buchholz, del alemán Karl Buchholz, quien a su vez fundó la revista *Eco*, donde Cano publicaría tres cuentos titulados “Los Charcos”, “Historia del hombre que se sentía viejo” y “Fragilidad de los cristales”, asimismo, publica en el diario *El Espectador* y el periódico *El Siglo*. En el mismo año viaja a París, ciudad en la que conoce a Roland Barthes y Severo Sarduy. Posteriormente, al año siguiente viaja a Barcelona y Madrid, donde comienza a fortalecer lazos entre escritores y editores.

Para 1970 se radica en Barcelona, y en 1981 publica su primera novela *Prytaneum*. En 1988 se hace acreedor del Premio Navarra con la novela *El pasajero Benjamin* (luego reeditada con el título *El pasajero Walter Benjamin*). Finalmente, entrado ya el siglo XXI, en el 2019 Cano Gaviria recibe el título de Doctor Honoris Causa en Literatura, por parte de la Universidad de Antioquia, por su trayectoria como escritor y editor.

Sumado a lo anterior, en cuanto a su experiencia como lector, las primeras lecturas de Cano Gaviria estuvieron rodeadas por el viaje, la invención y aventuras de Julio Verne, años después sus autores predilectos, que marcarán las temáticas de sus escritos y publicaciones, serán Charles Baudelaire, José Asunción Silva, Stéphane Mallarmé, Hugo von Hofmannsthal, Gustave Flaubert y Walter Benjamin.

Ahora bien, dando paso a la descripción y breve recuento de los acontecimientos narrados en la novela que nos compete estudiar, podemos decir, en primera instancia, que esta ficcionaliza los últimos instantes de vida y la muerte del filósofo alemán de origen judío Walter Benjamin, convirtiéndolo en un personaje literario que muestra la zozobra de quien huye de las garras del nazismo. Para esto, la novela abre la narración

con la llegada a Port-Bou (frontera entre Francia y España) de un pequeño grupo de migrantes judíos, en el que se encontraba Walter Benjamin, que es detenido por un par de oficiales. Estos les informan que serán deportados a Francia a la mañana siguiente, en consecuencia, deberán pasar la noche en un hotel cercano.

Desde el inicio de la narración, se muestra un Benjamin agotado que logra alcanzar a su grupo con mucho esfuerzo. Una vez instalados en el hotel, el narrador relata cómo el personaje principal va enfermando poco a poco del estómago producto de haber bebido agua contaminada de un charco. A lo largo de la enfermedad, Benjamin recorrerá rincones de su memoria y la realidad se le presentará algo confusa debido al estado de parcial delirio desencadenado por el dolor estomacal. A la vez que se cuentan sus sentires y pensamientos, Benjamin se relaciona con algunas de las mujeres del grupo, quienes preocupadas buscan estar al tanto del estado de salud del enfermo.

Cuando empieza a caer la noche, llega un médico a revisar a Benjamin, quien le receta quietud y descanso. Luego, el lector podrá entrar a un laberinto de recuerdos y percepciones que va experimentando el personaje en aquellas largas horas en las que la luz de la luna llena la habitación. Llegada la mañana, Benjamin decide tomarse una gran dosis de morfina que acaba con su vida.

De la construcción de la novela es oportuno aclarar que si bien nuestro interés en acercarnos a la misma tiene como punto de origen el tema judío que la atraviesa, para el escritor Cano Gaviria la importancia recae en retratar la muerte del filósofo alemán, por consiguiente, a diferencia de los escritores de tema judío reseñados en el primer capítulo, Cano Gaviria no halla predilección por el genocidio o la Segunda Guerra

Mundial como eje temático, sin embargo, se ve en la necesidad de retratarlo y comentarlo dadas las circunstancias que encierran la muerte de Benjamin.

Se ha reconocido que en la narrativa de los campos de concentración hallamos la atrocidad a la que un ánimo de vida, apenas titilante, asume la tarea de sobrevivir. Sobrevivencia que sólo tiene lugar si continuamente el hombre judío se recuerda a sí mismo que no es una bestia, que por más que intenten borrar de él el carácter humano que lo cobija y sostiene en este mundo, es poseedor de un espíritu, un alma, una consciencia y voluntades. Pero hay también un hombre que lucha constantemente con la muerte sin estar encerrado en el campo de exterminio, aquél en que el carácter diaspórico con el que ha cargado su pueblo por siglos recae sobre sus hombros en el intento de escapar de la tortura nazi.

Este sujeto busca el exilio como arma para vencer a una muerte que le respira en la nuca. Sin embargo, la huida, que parece ser su herramienta aliada, es a la vez un conjunto de obstáculos donde el más grande a sortear es el peso de sí mismo. Así lo retrata Ricardo Cano Gaviria, donde dicha huida se convierte en un viaje, en un trasegar no sólo de carácter geográfico sino psicológico: Benjamin se vuelve un navegante de recuerdos, de momentos que se disputan la existencia mediante evocaciones que parecen entrelazarse con la realidad, causando en el personaje instantes que pareciesen de delirio:

(...) Entonces apretó los párpados como quien intenta ver claro dentro de sí y, en esa cálida oscuridad, creyó percibir que la realidad se adelgazaba por momentos, se disolvía cada vez más en la franja, casi imperceptible, que separaba lo real y

lo imaginado. Lo que estaba ocurriendo, ¿ocurría fuera de él, en la realidad, o sólo en su imaginación? (p. 184).

Es así como, en la medida en que para el lector la realidad del personaje Benjamin se va construyendo y significando, para el personaje mismo se desdibuja y mezcla con tonalidades del recuerdo que lo distancian de un conocimiento “objetivo” de la misma. Dada la importancia que tendrá este aspecto en la novela, se hace pertinente comprender las razones por la que el personaje llegó a desarrollar un malestar físico que, posteriormente, lo llevó a un trasegar entre recuerdos, entre el pasado y el presente.

En primer lugar, se nos da a conocer una situación que pareciese un hecho simplista, apresurado y falto de inteligencia: Benjamin, en el recorrido hasta España, ha bebido agua contaminada en su desespero por saciar la sed. Dicho acto se puede tildar fácilmente de insensato si ignoramos las circunstancias en las que se inscribe: el proceso de huida de un grupo de judíos. Por tanto, esa acción, que parece surgida del impulso o mente de un animal, se presenta como expresión del acontecer mísero e inhumano que atraviesa el judío. De una manera u otra, sin necesidad de encontrarse en un campo de concentración, el ser humano se ve rebajado a la calidad de bestia que necesita saciar una necesidad primaria.

Lo anterior no significa que Benjamin sea despojado de la conciencia de su humanidad, sino que es una imagen que revela el acontecer y trasegar del judío diaspórico, quien también lucha por mantener su carácter de hombre como aquél que pertenece a la raza humana. Asimismo, la relación entre hombre-animal, específicamente hombre y plaga, se menciona en la novela cuando el personaje principal se siente curioso por la afinidad que la Historia ha otorgado entre la condición del judío

emigrante y la rata (p. 164), una imagen que responde a los significantes y significados sobre los cuales se ha fortalecido el antisemitismo.

Sin embargo, aunque esta relación entre hombre y rata llamaba la atención de Benjamin, el personaje estaba lejos de concebirse como tal. Esto es apreciado por el lector a partir de las cavilaciones que surgen en el personaje una vez se encuentra tendido en la cama producto del malestar físico que desarrolla, cavilaciones que demuestran que el sí mismo de Benjamin no se presenta como una batalla entre la dualidad de hombre-rata (hombre-animal), sino entre el niño y el jorobado (la idea del niño en contra posición al jorobado nace de un cuento de hadas alemán que se conoce como “El jorobadito”, donde este personaje se caracteriza por ser un saboteador), lo cual expresa su capacidad interior por permanecer y concebirse a sí mismo desde su experiencia y no desde el lenguaje y significados que otros sepan otorgarle.

Por otro lado, el narrador nos revela que, si bien Benjamin no sucumbe a las denominaciones circundantes sobre su identidad como judío, la elección de su nombre por parte de sus padres sí surge de la necesidad de ocultar o maquillar el origen judío de su hijo, optando por un nombre que no revelara su ascendencia. Pero no es la única vez en la que Benjamin se ve en la necesidad de portar un nombre a partir del cual pueda, de alguna manera, esconderse del nazismo, sino que también el narrador nos presenta el seudónimo de “Detlev Holz” como autor de un libro escrito por Benjamin en contra de los nazis. Por tanto, se evidencia el lenguaje, en cuanto creación, como un potente enemigo o aliado.

La importancia que no le otorga el personaje a denominaciones que busquen concebir su identidad como una plaga (insecto, rata), es también pertinente en cuanto a

que la lucha del sí mismo en los campos de concentración sí logra recaer, a diferencia de Benjamin, en el despojarse de la caracterización del judío como bestia, como animal para lograr sobrevivir. Este aspecto se encuentra expresado, por ejemplo, en la novela testimonial de Primo Levi titulada *Si esto es un hombre* (1947) cuando Levi trae a colación las palabras del sargento Stainlauf del Ejército austro-húngaro quien afirmaba:

(...) que precisamente porque el Lager es una gran máquina para convertirnos en animales, nosotros no debemos convertirnos en animales; que aun en este sitio se puede sobrevivir, y por ello se debe querer sobrevivir, para contarlo, para dar testimonio; y que para vivir es importante esforzarse por salvar al menos el esqueleto, la armazón, la forma de la civilización (p. 42).

Benjamin comprende la importancia de salvar la “forma de civilización”, pero no la asume desde el mantenerse vivo, asiendo la existencia como su último recurso, sino que desde su reflexión y agotamiento entiende que para que tenga oportunidad de subsistir esa forma de civilización, ese esqueleto, en los demás miembros de su grupo, él debe dejar de ser, dado que su estado de salud ha llevado a que su presencia sea una carga.

Desde un principio se nos presenta un Benjamin sumido en un cansancio y agotamiento que a lo largo de la narración irá acentuándose al punto de que decida que su existencia se agote. A partir del momento en que se muestra como el miembro rezagado del grupo de judíos que pretenden huir, se instaura en la novela un ánimo de derrota que de alguna manera ya nos afirma una renuncia a la vida. El mismo personaje afirma entenderse a sí mismo como un *Schlemihl*, un término usado entre los judíos para referirse a un hombre con mala estrella, es decir, que al caerse de espaldas se rompe la

nariz (p. 159), lo cual no es más que otra manera de enfatizar en su infortunio, lo que a su vez nos deja entrever que no hay posibilidad para el personaje de concebir un futuro prometedor o si quiera un futuro.

Sumado a lo anterior, la relación de Benjamin con los demás personajes que buscan atenderlo y ayudarlo, tal como la señora Wilmart, demuestran un dejo de vergüenza que pareciese enfatizarse en la misma medida en que los ánimos de vida se le van diluyendo. Para comprender dicha vergüenza es preciso tener presente que Benjamin está sumergido en un trasegar por sus recuerdos que, frecuentemente, confronta y compara con su realidad actual. Este aspecto nos permite reconocer que el personaje principal está en una constante exploración y viaje por sí mismo, por su vida y anhelos, de tal manera que lo que parece el delirio de la enfermedad, se constituye como un instante de auto reflexión que lo lleva al reconocimiento de su identidad (o identidades).

En consecuencia, si comprendemos la vergüenza desde lo que define Lévinas “el hecho de estar clavado a sí mismo (...) Lo que la vergüenza descubre es el ser que se descubre” (p. 110, citado en Agamben,1999), podemos establecer una relación entre el sentimiento de vergüenza del personaje principal con el viaje de reconocimiento que realiza de sí mismo, hallándose enfermo y descubriéndose como un ancla que dificulta el avanzar de otras vidas y sentires, de otras personas. De igual manera, la expresión “estar clavado a sí mismo”, logra encerrar de manera bastante precisa lo que interiormente le acontece a Benjamin: encerrado en un cuerpo enfermo, encerrado en el estigma de ser judío, se ata a una cama que será su lecho de muerte mientras revive anhelos, dudas y placeres que convergen con la realidad.

Si comprendemos la percepción como la proyección de las impresiones de los sentidos (Horkheimer y Adorno, 1994), podemos evidenciar que en Benjamin estas impresiones sensoriales que posee no se sujetan simplemente, a excepción del dolor de la enfermedad que muestra padecer, a su realidad actual, sino que nacen de los diferentes recuerdos que en su pensamiento emergen y van tejiendo la existencia de sus últimos instantes de vida. Dicha convergencia demuestra que en Benjamin se presenta una superposición aún más rica o dotada de mayores sentires en cuanto a que sucede desde el encuentro del presente con el pasado, de la realidad actual con el recuerdo. Por tanto, podemos explicar este fenómeno a partir de entender dicho acontecer como el instante en que dos tiempos se juntan en uno sólo, es decir, hallan su punto de encuentro en la sensación evocada, donde la percepción recibida congrega los sentires del presente y los del pasado. Este acontecimiento recae al final, en los anhelos que Benjamin genera producto de esa confrontación entre una realidad actual, cruda y desesperanzadora, y los recuerdos vestidos de oportunidad, de vida.

En la historia conocemos que, finalmente, el personaje principal ha realizado un viaje que ha estado moldeado con diferentes accidentes geográficos, y al que ha decidido ponerle un fin. Estos accidentes geográficos que recorrió en su pensamiento, en su mente, son aquella sustancia que lo constituye y le permite tener consciencia de él mismo, de lo que cree ser y quiere ser: el recuerdo. El filósofo alemán Walter Benjamin afirma sobre el recuerdo, en su texto titulado *Brecht. Ensayos y conversaciones (1966)*, que: “La verdadera medida de la vida es el recuerdo. Esta atraviesa retrospectivamente la vida, como un rayo” (p. 74). Por ende, lo que el personaje iba hallando y evocando en su mente, no es más que la evidencia de una vida, evidencia imprecisa, con verdades

ocultas o tergiversadas por la misma memoria engañable, pero, al fin y al cabo, expresión de constituirse como un ser vivo pensante, con sentimientos, emociones, deseos; un ser vivo que es humano.

De allí que, en la novela de Edith Eger, judía que sobrevivió a los campos de concentración y posteriormente se radicó en los Estados Unidos, titulada “La bailarina de Auschwitz”, se enfatice en la importancia para el judío de comprender que aquello que se “coloca” en la mente, no puede dejárselo arrebatar, dado que es el único medio por el cual puede perpetuar y recordarse su humanidad.

Es así como hallamos en la novela de Ricardo Cano Gaviria, no sólo la “recreación” de la muerte de un filósofo reconocido, sino que a su vez encontramos la recreación de una vida que alcanza su límite gracias a la persecución nazi. Contrario al personaje “musulmán”, que es entendido por Giorgio Agamben (2009) como “el guardián del umbral de una ética y de una forma de vida que empieza allí donde la dignidad acaba” (p. 71) y habita los campos bajo el ánimo de haber renunciado a su humanidad, el personaje de Benjamin logra asir tal humanidad al punto que la padece física y mentalmente, teniendo claro que si un día habría de renunciar a ella, sería mediante la muerte y no asumiendo la existencia como “musulmán”.

Es precisamente su actitud de insumiso ante un posible desfallecer a manos de otros o, incluso, su misma actitud de vergüenza al reconocerse débil y enfermo, lo que lo sumerge en una consciencia sobre la posibilidad de determinar cómo sería el fin de su existencia. Si bien hay un contexto que lo empuja y lleva a experimentar situaciones que no tiene planeadas, su suicidio no puede llevar a comprender al personaje como un

vencido, sino que su misma determinación frente a la muerte, padeciendo cada instancia de la sobredosis por morfina, puede asumirse como una pequeña victoria, pues él busca y encuentra a la muerte y no es ella quien lo asalta por sorpresa o violentamente.

En este mismo sentido, la actitud que asume Benjamin lo alza como poseedor de una identidad que ha sido denominada por Hannah Arendt como la del “judío paria”, siendo los parias comprendidos como “enemigos del poder, inconformistas, rebeldes, creativos, la viva encarnación del espíritu crítico” (como se citó en Traverso, 2015, p. 119). En definitiva, Benjamin es percibido por el lector como un inconformista para quien la posibilidad de verse sometido a un régimen requiere de un estado de inmovilidad crítica que él no ha conocido y a la que no accederá. En consecuencia, Benjamin está lejos de acoger pasivamente la categoría de oprimido, por más que esta haya invadido todo camino de su mundo circundante.

Sin embargo, sí se abraza a la idea de ser una carga a la vez que un hombre infortunado, asumiéndose como un obstáculo para los otros en su camino hacia la libertad. Lo sorprendente de este autorreconocimiento es que, aun siendo judío donde el peso de la persecución nazi compromete su existencia, el personaje Benjamin nunca se concibe como víctima del nazismo, sino que él comprende que las circunstancias que experimenta en su último día de vida prácticamente han dependido tan solo de él y de su mala suerte: en las palabras de Benjamin, han dependido de ser un hombre con mala estrella.

Para finalizar, desde la experiencia del personaje Benjamin podemos concluir que la pesadumbre de la muerte y la debilidad humana logra acentuarse incluso en el judío migrante aun cuando este no deba enfrentarse a los horrores del campo de

exterminio, ya que vive en una constante zozobra que lo lleva a experimentar su propio Auschwitz, donde el halito de los nazis lo ronda y habita en el desfallecimiento de sus fuerzas y voluntades. Y así, cual monstruo que cree el niño que lo espera en la oscuridad, el horror antisemita acecha y acaba con el judío diaspórico, quien intentando hallar cobijo en su mente, a diferencia de Edith Eger, sucumbe ante el reconocimiento de sí mismo como Benjamin.

CAPÍTULO III

ÉRASE UNA VEZ UNA IDENTIDAD...

El presente capítulo pretende realizar un estudio comparado entre la novela *El pasajero Walter Benjamin* de Ricardo Cano Gaviria y *Oscuro bosque Oscuro* del escritor mexicano Jorge Volpi. Para el desarrollo del análisis se asume la literatura comparada como propuesta metodológica desde lo planteado por Claudio Guillén (1985); George Steiner (1997); César Domínguez, Haun Saussy y Darío Villanueva (2016).

Ahora bien, ¿por qué comparar? Dentro de la cotidianidad, el ejercicio comparativo muchas veces se asume desde la pretensión de establecer una superioridad. Nuestra percepción vive mediada por conocimientos previos, muchos de ellos prejuicios, que nos encausan en una permanente clasificación de lo observado como bueno o malo, útil o inútil, verdadero o falso, entre otros. Sin embargo, el mundo, como la literatura, no caben en un “sí o no”: hay más tonalidades, ritmos, aromas y palpitos que ni siquiera pueden comprenderse como “términos medios”. Es una pluralidad que nos invita a desconocer “inferior, medio o superior” como las únicas respuestas y formas de entendimiento.

En el ámbito literario, el análisis comparativo comprende la importancia de esas pluralidades, y en el ejercicio de develarlas y descubrir sus diferencias es que se sustenta su relevancia. Ya no es la construcción de un paralelo realizado en la inmediatez del instante en el que nace una voluntad comparativa no premeditada, es un estudio riguroso que tiene como propósito acercarse un poco más a la comprensión de lo humano y la

existencia. En consecuencia, toda pretensión debe ser anulada si queremos conocer y sentir la literatura, en este caso desde un enfoque comparatista.

Sin embargo, se hace oportuno aclarar que el rechazo a la pretensión no significa tener que despojarse del contexto, las ideas y juicios que nos constituyen (además de que no existe tal posibilidad), sino que estos entren en diálogo con los textos que serán interpretados en vez de imponerse a ellos, pues el estudio a desarrollar es, al mismo tiempo, dar paso a un juego de interpretaciones que nace de una subjetividad, la cual no tiene permitido caer en el abismo y muerte de la sobreinterpretación.

A su vez, quien lee, interpreta y compara no es el único partícipe del análisis que está mediado por el contexto que lo conforma, sino que las novelas a evaluar pertenecen, de igual manera, a un contexto. En la obra titulada *Lo que Borges enseñó a Cervantes* (2016) de los autores César Domínguez, Haun Saussy y Darío Villanueva, se afirma que el significado es contextual, por tanto, “una comparación razonada no será sobre objetos o textos, sino sobre la relación de los objetos a sus contextos, que son los que hacen posible su significado” (p. 128). El resultado del análisis de la relación objeto-contexto se amplía en la literatura comparada debido a que no se evalúa solamente un objeto en relación con su contexto, sino que el producto de esta relación se compara con el producto de otro objeto en su contexto, sin mencionar las diferentes posibilidades de acercarnos a una obra que nos brinda el enfoque comparatista.

Dichas posibilidades están determinadas por el objetivo que se pretende alcanzar mediante el trabajo comparativo. George Steiner, en el libro de ensayos titulado *Pasión intacta* (1997), nos menciona tres ejes (o como Steiner los llama, “centros de gravedad”) que, como afirma el autor, si bien hacen parte de la generalidad de los estudios literarios,

son el propósito mismo de la literatura comparada al adquirir en ella un énfasis particular, estos son: “un compromiso persistente con las lenguas naturales, una investigación constante sobre la recepción e influencia de los textos, la conciencia de las analogías y variantes temáticas” (p.156).

Si bien no tenemos como propósito remitirnos al momento en que la literatura comparada se establece como disciplina académica, creemos oportuno traer a colación una fundamental mención que realiza Steiner relacionando esta disciplina con el pueblo judío. El filósofo y crítico francés remarca cómo la constitución de los programas de literatura comparada en las universidades de Estados Unidos nace del rechazo al que se enfrenta el judío, rechazo que provoca la exclusión de los miembros de este grupo de los diferentes departamentos de literatura ya instaurados. Es así como, de un ánimo que no tolera una existencia marcada por el derrotismo; ánimo cuya voluntad y sentido se hallan sustentados en el encuentro con la literatura, los eruditos judíos empiezan a desarrollar un campo que se ve enriquecido por sus conocimientos de distintas lenguas, conocimiento que la misma diáspora les ha brindado.

Ahora bien, retomando los centros de gravedad propuestos por Steiner, se hace oportuno aclarar que el análisis comparado que nos proponemos desarrollar será de carácter temático, lo cual nos permite estudiar, con detenimiento, temas comunes a las dos novelas, a la vez que evidenciar y reflexionar respecto a las variaciones y actualizaciones de los mismos. Sumado a esto, encontramos que Claudio Guillén, en su texto *Entre lo uno y lo diverso* (1985), establece que el estudio temático afirma que un texto tiene valor y amplitud cuando se puede comparar con otro, gracias a que existen en ellos una variedad de elementos que coexisten y, al tiempo, adquieren un sentido

distinto, siendo el estudio de las diferencias entre ambos lo que posibilita la construcción de una idea general del significado de la obra y su tema. Por tanto, la literatura comparada nos brindará un espacio de reflexión en el que asumiremos la tarea de observar cada idea, cada silencio o murmullo desde el diálogo entre tres perspectivas de mundo: la de los dos novelistas y la de quien aquí escribe.

Dicho lo anterior, la temática central a comparar corresponde a la identidad y su transformación producto de encontrarse sumergida en un contexto bélico correspondiente al genocidio judío y persecución nazi en la Segunda Guerra Mundial, donde esos sí mismos se desdibujan, transforman y moldean en una constante relación con el otro, el judío, al que han despojado de la posibilidad de ser, posibilidad marchita incluso antes de ser asesinados, puesto que, desde el inicio, la identidad del judío ha quedado reducida a llamarles “insectos”. Dentro de este análisis, se asumirá un estudio comparativo en torno a la rescritura de cuentos de hadas, presente en las dos novelas, como posibilidad narrativa a partir de la cual se plantea una representación de las identidades de los personajes. Para finalizar, nos proponemos una breve reflexión respecto a la escritura de las novelas como archivo de carácter testimonial. Teniendo esto claro, el lector podrá encontrar brevemente referido a continuación el argumento de la obra de Volpi:

En un mundo que tiembla, que vive entre la neblina, existe un lugar que todos conocemos, al que cada quien se ha acercado o, incluso, ha llegado a habitar de distintas formas y a distintas profundidades. Un lugar que se oculta frente a nuestros ojos, donde se haya la expresión más pura del hombre bestia, del hombre no-humano. Este lugar común, que llamamos «guerra», es retratado por el escritor mexicano Jorge Volpi en su

novela *Oscuro bosque oscuro* (2009), en la que presenta dicho lugar común como un bosque que se alza casi infierno sobre la tierra: es el exterminio lo que lo circunda y constituye; es la violencia que allí se perpetra lo que nos recuerda, una vez más, que la culpa también la cargamos los ausentes, los desentendidos, los que con ignorancia o cinismo afirmamos “mantenemos al margen” aun después de Auschwitz.

Para la construcción de la narración, caracterizada por la utilización del estilo denominado prosa cortada, Volpi presenta la historia de un batallón de policía, conformado por hombres de edad avanzada, al que se le ha delegado la tarea de asesinar a los niños judíos habitantes de una pequeña localidad. La transformación de estos hombres, que han pasado de poseer una cotidianidad alejada de la guerra a perpetrarla, se entrelaza con rescrituras de cuentos infantiles o cuentos de hadas con escabrosos finales. Es la identidad de dichos hombres la que va sufriendo cambios a lo largo de la narración, cambios que el lector va conociendo a través de sueños, incluso pesadillas, que viven los personajes y donde el ejercicio rescritural de los cuentos asume un papel fundamental para narrar aquella historia que tiene como punto de origen un acontecimiento de carácter real: el asesinato el 13 de julio de 1942 de 1500 judíos en Józefów, una pequeña localidad polaca (Browning, C, 2001).

En la rescritura de cuentos de hadas llevada a cabo por Volpi se pueden identificar seis historias: “Hansel y Gretel”, “El enebro”, “Cenicienta”, “Caperucita Roja”, “El enano saltarín” y “El flautista de Hamelin”. La participación de estos cuentos dentro de la novela puede dividirse en dos grupos: el primero corresponde a aquellos que, si bien entran a hacer parte de la narración y contribuyen en la configuración del espacio del oscuro bosque y sus dinámicas, no intervienen de manera directa en la vida

de los personajes, sino que se presentan como acontecimientos que parecieran circundarlos sin ellos ser conscientes de eso. En este grupo de relatos se encuentran: “Hansel y Gretel”, “El enebro” y “El flautista de Hamelin”.

Por otro lado, en el segundo grupo podemos hallar las historias de “Caperucita Roja”, “El enano saltarín” y “Cenicienta”, que vienen a constituir el conjunto de rescrituras que son presentadas al lector mediante una relación directa con los personajes, debido a que son introducidas a manera de sueños-pesadillas que sufren algunos de los protagonistas, pesadillas en las que estos se convierten en el personaje antagonista del cuento de hadas: el sargento Erno Satrin es el lobo de Caperucita, Luk Embler es el enano saltarín y Jon Guridien es la madrastra de Cenicienta. Tanto este grupo, como el anterior referenciado, se presentan en la novela de Volpi como rescrituras donde la violencia es el eje temático ya que retratan monstruosos asesinatos de niños.

El primer encuentro del lector con la rescritura de Volpi se halla en el primer capítulo de la obra, de los once que la constituyen, titulado “Reclutamiento”. Este inicia narrando la historia de “Hansel y Gretel”, tal como la conocemos de la versión de los Hermanos Grimm, la cual se va intercalando con fragmentos del relato correspondiente a los hombres mayores que empiezan a ser reclutados para conformar el batallón 303 de la policía de reserva. En este mismo capítulo se le da fin a esta rescritura, que desemboca en la muerte de los dos hermanos siendo cocinados en un horno y comidos por la bruja dueña de la casa hecha de dulces a la que habían llegado después de estar extraviados en el oscuro bosque oscuro, debido a que sus padres los abandonaron en medio de dicho bosque.

Posteriormente, el segundo capítulo, que lleva por nombre “Entrenamiento”, abre con el relato conocido como “El enebro” o “Junípero”. En el caso particular de Volpi este opta por la segunda denominación para referirse al árbol protagonista en la historia. A lo largo de este apartado, además de ir evidenciando la rutina que van formando los miembros del batallón, el cuento de hadas se rescribe únicamente hasta el instante en que la niña cree haber decapitado a su hermano por golpearlo en la oreja, cuando en realidad había sido la madrastra del niño que, ante el desprecio que sentía por él, al ofrecerle tomar una manzana de un baúl lleno con este fruto, dejó caer la pesada tapa del contenedor en el cuello del niño cercenándole la cabeza. Al darse cuenta de lo sucedido, la mujer había sentado el cuerpo del niño en una silla y acomodado su cabeza ajustándola con un pañuelo. En la rescritura de Volpi, el niño no volverá a la vida por obra del junípero ni su madrastra recibirá su castigo por el asesinato.

Añadido a lo anterior, en este segundo capítulo se hace una primera y corta alusión al cuento “El enano saltarín” por medio del sueño que presenta uno de los personajes miembro del batallón:

“Acostumbrado al ácido olor de las barracas, el sargento Amat se sueña en una alta torre,
una torre oscura y sin ventanas,
con una madeja de hilo y una rueca”. (p. 29).

Seguidamente, en los capítulos “Primera tarea” y “Pesadillas” se reconstruirán las historias de “Caperucita Roja”, “Cenicienta” y “El enano saltarín”. Aquí, Caperucita será desfigurada y devorada por Erno Satrin, antes de siquiera llegar a la casa de la abuelita; Cenicienta nunca tendrá la oportunidad de ir al baile en el que conoce al

príncipe porque Jon Guridien la encierra con llave en el sótano, dejándola morir de hambre para evitar su presencia en el evento; y, finalmente, Luk Embler sí ayuda a la mujer encerrada en la torre a convertir el hilo en oro, pero cobra como recompensa el primer hijo de la mujer con el rey y, sin piedad por aquella madre, se lleva al niño:

sus gemidos no conmueven a Luk Embler,
no le da otra oportunidad ni le promete nada a cambio de resolver un acertijo,
Luk Embler le arrebató al niño, ese niño con labios de ciruela,
se lo arranca sin piedad de entre los brazos [...] (p. 57).

Finalmente, en el antepenúltimo capítulo titulado “Última tarea”, se rescribe el relato de “El flautista de Hamelin”. En la versión de Volpi, el flautista encierra a los niños en una cueva, de la que solo un infante queda libre para contar lo sucedido, y los niños jamás son rescatados ni devueltos a la población. Como se puede evidenciar, en esta rescritura como en las anteriormente reseñadas de manera general, todas las víctimas son infantes que perecen ante la envidia, el desprecio, el abandono, la indiferencia de los adultos y sus actos desalmados. Los relatos se presentan entonces como una fuerte evidencia de la voluntad de retomar narrativas categorizadas como infantiles, para mostrar el destrozo y asesinato de esa misma infancia. Por tanto, esta decisión narrativa temática de Volpi entra a hacer parte del ánimo cada vez más generalizado por realizar rescrituras de cuentos de hadas donde el “felices para siempre” ya no tiene cabida. Jack Zipes, en su texto *El irresistible cuento de hadas. Historia cultural y social de un género* (2014), afirma sobre las recreaciones de estos relatos que:

[...] los artistas contemporáneos han enfocado los tópicos de los cuentos de hadas desde una perspectiva crítica y escéptica, con el propósito de perturbar a

los espectadores y recordarles que el mundo está dislocado y que estos cuentos no ofrecen una alternativa para la gris realidad (p. 265).

Ahora bien, en la novela *El pasajero Walter Benjamin* no hallamos una rescritura propiamente dicha, sino que observamos cómo un personaje de un cuento de hadas alemán entra a ser parte constitutiva del protagonista Benjamin y de la manera en que él se comprende y concibe a sí mismo: la disputa entre el niño y el jorobado, siendo el jorobadito dicho personaje del folclor alemán. La elección de este personaje realizada por Cano Gaviria no es arbitraria, ya que, como lo muestra Hannah Arendt en su texto *Hombres en tiempos de oscuridad* (2017), el filósofo alemán Walter Benjamin encontró el relato del jorobadito cuando era niño y desde entonces siempre llevó la historia consigo, por tanto, resulta ser de suma importancia para la reconstrucción del personaje histórico en la novela de Cano Gaviria.

El breve relato, citado por Hannah Arendt en su libro, lleva como título original “Bucklicht Männlein”, de la colección de poesía popular alemana *Des Knaben Wunderhohn*, y narra, en primera persona, cómo alguien intenta desarrollar actividades cotidianas, como lo son las labores de la casa, y siempre se ve saboteado o perjudicado por el jorobadito:

Will ich in mein 'Keller gehn,

Will mein Weinlein zapfen;

Steht ein bucklicht Männlein da, Tāt mir 'in Krug wegschnappen.

Will ich in mein Küchel gehn, will mein Süpplein kochen;

Steht ein bucklicht Männlein da,

Hat mein Topflein brochen.

[Cuando bajo al sótano,
para sacar vino,

un jorobadito que vive allí me saca la jarra.
Cuando entro a la cocina
para hacerme la sopa
un jorobadito que vive allí
me rompe mi tazón.] (p. 166).

Pero para Benjamin, el jorobadito era más que un saboteador de las rutinarias tareas del hogar: era el que dibujaba el camino hacia la perdición e infortunio; el encargado de despojarlo de toda esperanza y llevarlo a cavar, cada vez más profundo, su propio sufrimiento; era aquel “artífice de su destrucción” (p. 150). En consecuencia, Benjamin buscaba siempre estar atento a su llegada, aunque esa espera nunca estuviese direccionada a plantear una actitud que le procurara la victoria sobre el accionar del jorobadito o si quiera poder enfrentarse de manera justa a él, sino que su pretensión no iba más allá de verlo llegar y no ser tomado por sorpresa, pues, al parecer, no había algo que pudiese evitar que el jorobadito, pequeño monstruo, realizara sus artimañas.

Una vez se han aclarado los elementos rescriturales presentes en la obra de Volpi, a la vez que se ha hecho mención de la presencia de uno de los personajes de cuentos de hadas alemán en la novela de Cano Gaviria, damos paso al análisis comparativo que nos compete: primero, establecer cómo se presentan y desarrollan las identidades de los personajes seleccionados en cada novela y, posteriormente, como se mencionó en un inicio, caracterizar cómo las rescrituras de los relatos o personajes retomados de estos cuentos clásicos de hadas entran a representar y constituir dichas identidades de los protagonistas.

Respecto a la novela de Volpi, tendremos tres personajes fundamentales sobre los que se llevará a cabo el análisis: Luk Embler, Erno Satrin y Jon Guridien, tres hombres de más de cincuenta años que empiezan a hacer parte del batallón policial. El

primero presentado al lector es Luk Embler, un tranquilo panadero que se dedicaba a su labor mientras escuchaba las noticias de la guerra. Aunque en un principio pareciera que su vida no se ve afectada directamente por el conflicto, dado que el personaje se introduce al relato bajo la calma de la rutina como panadero, seguidamente conocemos que su negocio no va bien, ya que la larga fila de clientes ha desaparecido y ha sido remplazada por uno, máximo dos clientes.

Ante la inminente quiebra del negocio, Luk decide apagar su horno y enlistarse en el batallón 303 de la policía. Siendo ya parte de este, estando en su respectiva barraca, sueña que es hijo de un rey y que en el bosque encuentra a una princesa. Posteriormente, vemos que despierta y piensa en su horno, pues su verdadero anhelo era poder dedicarse a su tarea como panadero.

Hasta este momento, Luk Embler, aunque ha devenido en policía, reconoce que su voluntad está en el horno. Lo que él ha sido a lo largo del tiempo, su forma de ser y vivir, encuentra sustento en su labor como panadero, pero se ve forzado al cambio. Sin embargo, es importante matizar la afirmación de que Luk se vea forzado a participar del batallón. Esto se puede respaldar si se comprende que el personaje se enfrenta a una situación económica precaria y no hay una opción diferente si se quiere procurar un medio de subsistencia, pero la novela de Volpi nos enfrenta a una escena muy dicente antes de que sean cometidos los crímenes contra los niños judíos:

la voz del capitán es un destello,

les doy mi palabra, mi palabra de hombre y policía, que nada habrá de ocurrirle a quien no quiera,

ninguna consecuencia, lo prometo, ninguna, mi palabra de hombre y policía de que yo habré de protegerlos

Luk Embler no lo cree, ahí está su oportunidad, ahí está su salida [...] (p. 36).

Por tanto, es evidente que el personaje tiene la posibilidad de conservar su humanidad, de dar un paso al frente que podría haber significado la salvación, pero al negarse a presentar su postura y defender lo que era su verdad, su mundo, sus convicciones, termina avalando con su silencio la matanza de miles de niños. A partir de allí, Luk Embler comienza a transformarse, entrando en el movimiento vertiginoso de quien empieza a sacrificarse a sí mismo.

Tanto la identidad de Luk Embler, como la de Benjamin en *El pasajero Walter Benjamin*, se encuentran en conflicto, aunque de maneras significativamente diferentes. Benjamin se enfrenta a un mar, donde cada criatura, destello de luz, cada color y movimiento de las olas, le hablan de sí mismo, le recuerdan una y otra vez su yo, sus experiencias, sus decisiones y amores. Es verse detenidamente en un espejo una y otra vez, incansablemente, y hallar en cada marca, arruga, cicatriz o lunar una fuente inagotable de la presencia de sí mismo. Si bien es un mar que brota por una fuerza exterior (la persecución a los judíos), nos es más que el mismo Benjamin asiendo, con dolor y sufrimiento, lo que es y ya no será.

Luk Embler, por otra parte, ha permitido que le roben su mar. Sus aguas se cubren de tonalidades y olores repugnantes, y grandes olas de agua podrida golpean y dejan tendido sobre la arena algo que, tiempo atrás, parece haber sido un hombre. Luk sufre, no por encontrarse consigo mismo, sino por darse cuenta de que ha tirado por la borda el olor del pan recién horneado, y ahora una brisa lo azota con el aroma putrefacto de pequeños cuerpos en descomposición.

En consecuencia, el lector encuentra que los sueños de Embler asumen un nuevo tinte: primero se ve a sí mismo como un niño que ha sido abandonado en el bosque por sus padres para luego soñar que ayuda a una joven mujer a hilar convirtiendo el material en oro a cambio de una recompensa: el primer hijo que tuviera la mujer con el rey. El sueño enfatiza en el rapto del niño donde Luk afirma ahora ser su propietario, tal cual como el nazismo cree ser poseedor de la vida del judío. Por tanto, durante su estadía en el batallón Luk Embler asesinará, pero quedará paralizado ante la primera muerte cometida y, de allí, su mano llevará a cabo asesinatos de manera poco consciente, y su horno desaparecerá y nos encontraremos a un hombre-máquina, pues hace mucho que no piensa:

Luk Embler ya no piensa en su horno, ya no echa de menos el calor de su horno,
los días en que moldeaba panes suculentos,
no piensa en el pasado, quizás el pasado ya no existe,
no existe su horno ni existen sus panes suculentos,
no existe siquiera la memoria de su horno y de sus panes suculentos,
Luk Embler siempre ha sido un policía. (p. 67).

Como observamos, Luk parece abandonar el pasado, no existe para él más que un monótono y sangriento presente del cual tampoco se muestra realmente consciente. Distinto es el caso de Benjamin, quien recurre de manera frecuente a aquel pasado durante su vigilia, sueños y delirios escrutando en el intento de asir lo que fue su vida. De igual manera, es importante destacar que, mientras el personaje de Volpi percibe la realidad rechazando el realizar un estudio consciente de la misma al presentarse ella de forma tan desalmada y grotesca, Benjamin no logra identificarla en varios instantes, no porque la rechace voluntariamente, sino porque se halla sumergido entre baúles y

estantes de memorias y ensoñaciones al punto que no puede discernir entre lo real y lo imaginario.

Ahora bien, continuando con los personajes, es preciso referirnos a Erno Satrin, quien era dueño de una fábrica de muñecas creada por su padre, pero que con la llegada de la guerra pasó a elaborar: “refacciones, accesorios para carros de combate, rifles de asalto y metralletas, lanzagranadas” (p.10). Una vez integrado Satrin al batallón, el capitán lo reconoce como hombre de confianza: a veces juegan ajedrez, fuman un cigarrillo o beben una cerveza. Satrin empieza a construir una rutina, como el salir a hacer calistenia al bosque, creando una especie de normalidad a su alrededor, a la vez que está empeñado en olvidar su fábrica de armamento.

Al principio, la identidad de Satrin busca acoplarse al nuevo contexto y desarrollar actividades que lo mantengan en una sensación de confortabilidad y calma parcial, estableciendo incluso relaciones sociales. En el caso particular de Benjamin, él no configura hábitos y rutinas ya que todo sucede en la inmediatez de una noche e inicios del alba, pero sí hay una constante relación social (con las mujeres que lo han acompañado durante la larga caminata a Port-Bou) que él no necesita ni tampoco quiere acceder. Mientras que Satrin busca configurar una “normalidad” en la cual subsistir, Benjamin toma su situación actual y la comprende en cuanto su desventura y fatalidad, aceptando la crudeza de la ausencia de posibilidades de sobrevivir ante la persecución nazi.

Por otro lado, así como Embler, Satrin tiene sueños-pesadillas. En el primero de los tres sueña con una melodía, con un piano en medio de un escenario vacío; después, otro sueño es descrito, esta vez es un museo que se inunda, y puede observar las pinturas

flotar; finalmente, se ve a sí mismo en el bosque, acechando a una pequeña de vestimenta roja, para terminar devorándola. Satrin también asesina, también ve los rostros demacrados de los niños, sus ropas, su llanto y llora con ellos, no puede impedir sentirse inundado por un dolor y culpa que poco a poco lo llevarán al abismo, un abismo que no es más que la muerte en vida:

Erno Satrin ya no boxea con su sombra,
ya no emprende sus largas caminatas por el bosque,
ya no hace calistenia bajo la roja luz del otoño,
ya no lee novelas ni recuerda las muñecas de su padre, las muñecas de incandescentes ojos verdes,
ya ni siquiera juega al ajedrez con el capitán. (p. 80).

Finalmente, nos encontramos con Jon Guridien, un estibador que siempre quiso estar en las filas, pero que en su momento fue rechazado. Para este hombre, que ya carga largos años sobre sus hombros, poder hacer parte del batallón significa un reconocimiento y resignificación de su valía, además que indica el inicio del camino para poder asir la identidad que guarda dentro de sí, a la vez que la va nutriendo. Al mirarse al espejo, portando el uniforme, está dichoso, feliz, lo que el reflejo le devuelve es un sueño hecho realidad. Guridien, fiel al nazismo, estira su brazo como saludo.

Sin embargo, no es sólo el uniforme, no es sólo el pertenecer al batallón. Es, en realidad, el amor a su bayoneta, a ser poseedor de la libertad de asesinar a niños judíos y hacerlo. Este hombre, a diferencia de los dos anteriores, sabe lo que hace, lo quiere, lo busca y lo disfruta, se convierten incluso en un placer sexual la muerte, la sangre, los cuerpos maltrechos, violentados, sin vida:

Jon Guridien se masturba una y otra vez en la letrina,

la gélida luna lo enardece,
se masturba y piensa en las blancas pieles de los niños,
se masturba y piensa en sus tetillas diminutas y crispadas,
se masturba y piensa en sus vergas inofensivas y sus ojos de sabuesos,
se masturba y piensa en sus labios amoratados y sus espaldas rasguñadas,
se masturba y piensa en sus heridas. (p.82).

Por descabellado que en un momento se muestre, es posible afirmar que la relación que establece tanto Benjamin como Guridien con sus respectivas identidades tiene un punto de encuentro: ni Benjamin ni Guridien rechazan su identidad, sino que se llenan de ella. Guridien se embriaga de muerte, sangre y vejación, por fin es él, es una identidad que se despoja de lo humano y se alimenta de un ánimo monstruoso y destructivo y, si pensamos el suicidio de Benjamin a modo de una decisión para salvaguardar la civilización (como lo denomina Levi), es una identidad que al reconocerse no considera posible la sobrevivencia a cambio de su humanidad. Benjamin no quiere ser rebajado a animal, plaga o insecto, de allí que su muerte pueda apreciarse como una personal victoria frente a la bestia nazi. El caso particular de Guridien es tan repugnante y a la vez preciso para representar esa bestia.

Así mismo, Guridien también sueña: en la primera noche ve cómo es perseguido por una tribu de enanos; luego pasa una temporada en vigilia, insomnio, para finalmente volver a conciliar el sueño y verse transformado, en sus ensoñaciones, en una madrastra que encierra a la joven Cenicienta para que no vaya al baile, dejándola morir de hambre.

De manera resumida, cada uno de los tres personajes analizados de la novela de Volpi lleva lo humano a un campo de juego que, si bien es común, inevitablemente los afecta en distintas proporciones. Por tanto, como observamos en Erno Satrin, la culpa se

trasforma en una tristeza que lo constituye, su dolor se traduce en la quietud de quien ya no halla sentido en la existencia. Para este hombre, todo empieza en el olvidar su fábrica para terminar rendido ante el horror de la guerra, guerra que él ha ayudado a perpetrar. Satrin sufre, se lamenta y, bajo la consciencia del culpable, continúa hundiéndose con cada nuevo asesinato.

A diferencia de este, Jon Guridien ayuda a encarnar una de las imágenes más bestiales y destructoras del nazismo: es el goce ante el sufrimiento y el despojo de lo humano. Ya no hay hombre, es un animal que destruye en la medida en que niega el carácter humano del niño judío y lo disminuye a “insecto”. En este personaje se expresa el rechazo a la otredad, rechazo que sólo lleva a la destrucción y muerte bajo la creación de un mundo habitado por seres con ínfulas de superioridad. En resumen, en Guridien no vamos a ver un cambio, pérdida o transformación, sino más precisamente la caída del velo, la cortina de humo que se dispersa y saca a la luz al monstruo que llevaba oculto.

Finalmente, Luk Embler. Éste ha optado por un silencio que oculta una pérdida, una pérdida de sí mismo. En consecuencia, Embler se enfrenta a la herida de quien se desconoce, quien no encuentra correlación ni congruencia entre lo que siente, lo que su alma profesa, con sus acciones. Esta pérdida de rumbo, lo instauro en un no ser, en una negación del vivir que es una nada absoluta. No es dolor, no es el sufrimiento que doblega las rodillas y deja caer lágrimas que lo inundan todo, es la renuncia a la posibilidad de ser consciente, a la posibilidad de pensarse el mundo y pensarse el yo en relación con ese mundo, pues deprecia todo lo viviente. Luk Embler, aun cuando sus pies dejan huellas en el camino, él ya no es.

Sumado a lo anterior, en Embler se nos revela el silencio no como un factor fortuito, sino como un desprecio a las palabras (p. 81). El filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein en su obra *Tractatus Logico-Philosophicus* (1922) afirma que “los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo” (p. 72), entendiendo esto, se comprende que el odio de Embler no es un simple “no querer hablar”, sino que es el desprecio al mundo que percibe y lo circunda. Pero más allá del personaje, el asunto del lenguaje en la historia, donde incluso hay un capítulo denominado “Órdenes”, se devela como factor constitutivo de las identidades y, por su puesto, de la guerra.

Por tanto, y no es revelación, el odio a los judíos encuentra su nacimiento en el lenguaje. No es un simple término, no son sólo unas vocales y consonantes lo que hallamos en la palabra “insecto”, es un discurso, una ideología de odio y rechazo que asesina. Y Volpi comprende y trae a la construcción de la obra expresiones que permiten entrever el reconocimiento de un conjunto de consignas que entran a constituir el discurso (y por tanto la realidad e identidad) de la persona desde el ámbito escolar:

“La guerra es la esencia de la vida,
aprendimos en la escuela,
los más fuertes prevalecen,
los mejores,
nosotros.” (p. 26).

El fragmento citado, además de evidenciar la gran influencia de las teorías biologicistas de Darwin en la construcción del pensamiento nazista, como bien lo desarrolla Élisabeth Roudinesco en su libro *A vueltas con la cuestión judía* (2011), nos concierne en cuanto demuestra el carácter destructivo de la consigna, término entendido

desde lo que proponen Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia* (1980). La consigna se presenta entonces como el discurso masificado que, al no pasar por un debido proceso de reflexión, se asume como verídico y se repite incansablemente.

Teniendo en cuenta lo anterior, nos enfrentamos a que la identidad, tanto de los personajes aquí presentados como la de los niños judíos y el pueblo en su generalidad, se ve inundada por consignas que la deforman y destruyen. Es el choque entre dos concepciones de mundo, donde una de ellas se impone, y vemos el sufrimiento de los hombres en esos sueños terribles y escabrosos que transforman la inocencia y lugar seguro del final feliz del cuento de hadas, en aberrantes muertes. Cabe aclarar que este choque no ocurre en el caso particular del personaje de Jon Guridien, pues podemos comprender que el discurso destructor ya ha anidado en él, ya es parte de él, es él incluso antes de pertenecer al batallón policial.

Dicho lo anterior, dada la posición de judío del personaje Benjamin, la consigna y los juegos del lenguaje lo afectan y mueven de manera diferente a como lo logran con los personajes de Volpi. Aquí el discurso discriminatorio cae sobre los hombros de Benjamin y atentan contra su vida, obligándolo a entregarse a la diáspora, pero no se doblega ante la consigna, guarda su voluntad para disponer de su vida como mejor le parece, diferente a lo que sucede con Luk Embler y Erno Satrin. Sin embargo, sí hay un discurso, una idea, una concepción cultural que asume como propia y como parte de su identidad: la historia del jorobadito.

Para Benjamin este pequeño monstruo se presenta como aquel que, además de crear el caos, se regocija en el dolor y busca mantener latente el recuerdo de ese

sufrimiento. La imagen de maldad que carga este personaje se comprende a partir de la siguiente cita, en la que Benjamin y el personaje de la señora Wilmart (una señora judía miembro del grupo de migrantes) mantienen una conversación sobre el jorobadito:

-Se lo repito, Herr Benjamin, soy una pobre vieja ignorante...

-Le estoy hablando del jorobado que hace un rato casi me hace tirar la taza al suelo...

-Ah, ya... ¿Y decía usted que reza por él todas las noches?

-En cierta forma sí...

-¡Pero usted se olvida del otro jorobado, el del bigote, que lleva sobre su espalda una pila de cadáveres! ¡Dígame usted, por favor!... ¡Ése sí que es todo un jorobado! ¿No rezará usted también por él? (p. 247-248).

El denominar de manera indirecta, pero contundente, a Adolf Hitler como un jorobado, permite comprender que en este personaje del folclor alemán se configura un sentido de perversidad que incluye la destrucción de la vida. Sin embargo, si bien Benjamin presenta al jorobadito como un ser externo que lo lleva a tomar decisiones que lo afectan negativamente (“-Así el jorobadito no podrá lograr que beba más agua en mal estado” (p. 250), dijo la señora Wilmart botando el agua de un viejo florero), comprendemos que realmente este personaje para Benjamin se presenta como un elemento identitario que constituye la parte de sí mismo que le imposibilita progresar, que lo lleva a tomar decisiones que terminan creando obstáculos que le impiden la calma. ¿Su contraparte? El niño, el niño que habita en Benjamin, un niño conocedor, sensato, sabio, el único que puede librarlo del jorobado. Adicionalmente, incluso en la circunstancia de persecución, Benjamin asume como su mayor rival al jorobadito, es decir, a nadie más que a sí mismo y no hay realmente una palabra de afrenta contra el

alemán, francés o español nazista, Benjamin sólo está agotado y su batalla más larga y agotadora será con sus pensamientos en aquella pequeña habitación de hotel.

Al contrario de Cano Gaviria, la manera en que se insertan los cuentos clásicos de hadas para representar parte de esas identidades de los tres personajes de Volpi, no ocurre desde una decisión y acto consciente de estos mismos personajes por identificarse con el lobo, el enano saltarín o la madrastra de Cenicienta como sí le sucede a Benjamin con el jorobadito, sino que estos se presentan y construyen en sus sueños, configurándose como revelaciones inconscientes de lo que es su transformación identitaria y cuya utilización permite enfatizar en el horror de los acontecimientos que son perpetrados por los miembros del batallón.

Por otra parte, en *Oscuro bosque oscuro* el narrador afirma: “El único fin de la guerra es la victoria, aprendimos en la escuela” (p. 27). El batallón policial 303 logró asesinar, en seis horas, dos mil ochocientos doce niños judíos. El filósofo Walter Benjamin afirma la existente necesidad que se posee de recuperar la historia de los vencidos para redimir su sufrimiento y transformar su presente. En definitiva, cada una de esas vidas ahogadas en sangre necesitan una voz que restituya su valía incluso después de la muerte. Son los vencidos. Entonces, ¿Luk Embler, Erno Satrin y Jon Guridien son los vencedores? Una identidad despojada de lo humano, amorfa y decadente es incapaz de asir la victoria, de allí que sea el personaje Benjamin, en cuanto renuncia a la posibilidad y riesgo de ser despojado de su dignidad, lo más cercano que tenemos en las dos novelas a un vencedor.

Estas dos obras, *El pasajero Walter Benjamin* y *Oscuro bosque Oscuro*, se configuran como un trasegar, como un viaje por identidades que sufren y cambian

drásticamente pero donde dicho cambio tiene un origen marcadamente distinto: Luk, Satrin y Guridien deciden su destino en la guerra y se entregan a ella, Benjamin es un pasajero, está sometido a un movimiento involuntario, pero es capaz de asir su existencia y reconocerse como dueño de la misma.

Para finalizar, tenemos que tanto Ricardo Cano Gaviria como Jorge Volpi se vuelven narradores de un testimonio. Los dos llevan a la ficción eventos reales que nacen de una necesidad de reconstruir y contar. Claramente la ficción, como aliada, permite estrechar los lazos entre el lector y aquellos eventos como el genocidio judío que, si bien han dejado marca en la historia, pareciesen sentirse cada vez más ajenos, especialmente en un contexto como el colombiano. En consecuencia, los dos autores recuperan una memoria extraviada, llena de silencios, que libra una batalla contra el olvido, donde nosotros, como lectores, nos vemos en la necesidad de asumir una posición frente al genocidio, proceso que debe empezar por una pregunta que nos cuestione sobre nosotros mismos:

...Érase una vez una identidad que fue estigmatizada; una identidad destruida y ultrajada; una identidad que a la tristeza vio como aliada, y una identidad que se desprendió de lo humano para abrazar la bestialidad. Hubo una vez un Benjamin, un Luk, un Satrin y un Guridien. Y hubo también un lector, porque has estado tú como he estado yo, y aun después del humo de los hornos, de cada disparo, tortura y asesinato, seguimos siendo lobos al acecho. ¿Qué transformar y cómo transformarlo? Somos identidades en guerra.

CONCLUSIONES

En el presente trabajo de investigación hemos recorrido parte de un camino, de una historia que pareciera mostrarse ajena a nuestra realidad, a nuestro contexto. El genocidio del pueblo judío se presenta como un evento pasado sobre el cual nos cuesta asumir, o crear, una imagen clara, concisa, una imagen que nos permita darnos una idea de lo ocurrido. Retomamos la historia, leemos una recopilación detallada de hechos, situaciones y motivaciones de cada evento que ha tenido lugar y miramos el ayer con pretensión de objetividad. Muchos podrían relatar fechas y datos precisos, pero con eso se suele dejar de lado la sensibilidad de esa historia que las palabras cargan.

Las artes, en su generalidad, tienen la capacidad de salvar la sensibilidad que cubre a un hecho como el genocidio, pero con la literatura nos enfocamos en la sensibilidad de la palabra, de este lenguaje que lo construye y destruye todo. A su vez, evidenciamos que no sólo se asume el reto de crear una expresión que lleve a la experiencia estética, sino que el momento base del conflicto se halla en empezar a describir, a nombrar, la realidad de Auschwitz. Es precisamente en el nombrar esa realidad, para que sea tangible a otros, donde he encontrado la belleza en potencia que guarda cada relato de tema judío.

A partir del presente estudio realizado, se comprende, en un primer momento, la necesidad de reconocer otras realidades y cómo cada una de ellas se encuentra inserta en la historia y, por tanto, también entran a constituirnos directa o indirectamente. En consecuencia, en segundo lugar, este reconocimiento plantea la necesidad de ser entendido como un diálogo, en la medida en que, al escuchar y comprender al otro, ponemos sobre la mesa, de igual manera, lo que somos nosotros, lo que creemos o

queremos ser. Por tanto, ya no se presenta el genocidio como una realidad ajena, sino que nos enlaza en un proceso de reconstrucción de memoria donde el pasado y el presente demuestran la importancia de ser considerados como una totalidad donde el uno marca al otro, y no como instancias separadas que lo único que buscan es intentar crear un erróneo desconocimiento entre los dos.

Las novelas analizadas han permitido acercarnos, desde nuestra actualidad, a eventos dolorosos e inhumanos de la historia, posibilitando comprender que el sufrimiento humano no puede ser ajeno, que se hace imperativo destacar estas narrativas de tema judío para construir un camino donde la sangre derramada no sea vista como normalidad dentro del paisaje. Esta afirmación tiene mayor peso cuando, al pensarnos nuestro territorio, nos vemos en medio de una Colombia marcada por la guerra. Desde aquí, podemos enfatizar y comprender aún mejor cómo el análisis realizado nos otorga la oportunidad de adentrarnos en un diálogo que, desde la caracterización identitaria de los personajes, intenta comprender lo humano frente al dolor y sufrimiento. Asimismo, cada historia desde su singularidad brinda elementos que complejizan la realidad, de allí la relevancia de la metodología comparativa puesto que nos permitió enfrentar sentires e ideas que posibilitaron ahondar en las perspectivas que se tienen sobre esa realidad, realidad que se busca asir y (re)conocer mediante el lenguaje.

En consecuencia, dicho lenguaje se pone en juego, y así lo asume Ricardo Cano Gaviria en *El Pasajero Walter Benjamin*, dado que la intención fundadora de la novela nace del querer explorar la muerte del filósofo alemán Walter Benjamin como posibilidad poética, lo que encausa a Cano Gaviria en una escritura ante la que el lector

queda sumergido tanto por el progresivo desfallecimiento del personaje principal dentro del contexto nazi, como por el interés de efectivamente reconocer al filósofo alemán en este personaje histórico que recrea el autor.

De igual manera, el trabajo de investigación que se llevó a cabo hace evidente que en la guerra no existe el “mantenerse al margen”, afirmación que, si bien no es novedad, sí se olvida con gran facilidad y la mayoría pretendemos asumir que las circunstancias, simplemente, no nos corresponden. Observamos que los autores de las novelas escogidas, especialmente Jorge Volpi en *Oscuro bosque Oscuro*, demuestran que no hay manera de escapar de la responsabilidad que nos atañe ante eventos bélicos, donde ignorar la necesidad de nuestra ayuda que posee el otro se convierte también en un acto de terrorismo y asesinato. Por ende, estas literaturas nos llevan a pensar las diferentes sociedades y culturas como un todo, un todo que pretende hacer referencia a la generalidad, y complejidad, de “ser humano” dentro de un ambiente en el que existe una pugna entre fomentar y destruir esa humanidad.

Además, a partir del estudio se pudo entrever cómo la literatura plasma el horror y lo vuelve actual; cómo el nazismo supo desde el discurso embriagar y destruir; cómo el antisemitismo, ideología que carecía del más mínimo sentido común, asesinó niños, familias enteras, lo que a su vez nos demuestra la capacidad que tenemos para tender a la ignorancia y practicarla fehacientemente. Es a través de estos relatos donde al final podemos enfrentarnos a nuestras creencias, posturas y acciones, evaluando cómo cada una de ellas puede o no seguir alimentando el odio y la catástrofe, reconociendo a la vez el dolor del otro para hacerlo nuestro, siendo aquí donde estas narrativas guardan en

potencia una posibilidad salvadora al conectarnos de manera sensible con otros seres humanos, con otras historias.

Para concluir, el análisis realizado permitió evidenciar la presencia de un limitado corpus de estudios, en Colombia, que se acerca a estas narrativas y, aún menos común, desde una metodología comparativa. Aspecto que demuestra la lejanía, dada por el contexto, que se asume sobre los hechos aquí estudiados, lo que permite, incluso más de 70 años después de lo ocurrido en la Segunda Guerra Mundial, que el tema no se agote y, por el contrario, necesite de miradas inéditas, perspectivas y acercamientos que revelen nuevos significados que nos doten de instrumentos para comprender cómo se llegó a Auschwitz y, por tanto, cómo evitar caer en la repetición.

REFERENCIAS

- Adorno, T, Horkheimer, M. (1944). *Dialéctica de la ilustración, fragmentos filosóficos. Elementos del antisemitismo*. Editorial Akal.
- Agamben, G. (1999). *Lo que queda de Auschwitz. HOMO SACER III*. Pre-textos.
- Arendt, H. (1981). *Los orígenes del totalitarismo I. Antisemitismo*. Alianza Editorial.
- Arendt, H. (2017). *Hombres en tiempos de oscuridad*. Recuperado de:
<https://books.google.com.co/books?id=k1a6DgAAQBAJ&pg=PA166&lpg=PA166&dq=cuando+quiero+bajar+al+s%C3%B3tano+para+sacar+vino+de+la+bota&source=bl&ots=v9cf0RefWg&sig=ACfU3U2PWY4x3OO9946QPJn63TnIHlpmgQ&hl=es&sa=X&ved=2ahUKEwizocyPsMj6AhVHUjABHeZRCmMQ6AF6BAgREAM#v=onepage&q=cuando%20quiero%20bajar%20al%20s%C3%B3tano%20para%20sacar%20vino%20de%20la%20bota&f=false>
- Behar, O. (2016). *Más fuerte que el Holocausto*. Editorial Ícono.
- Bibliowicz, A. (1991). *El rumor del astracán*. Editorial Planeta.
- Brainski, S. (1945). *Gentes en la noria. Cuentos bogotanos*. Editorial Judaica.
- Browning, C. (2001). *Ordinary Men. Reserve police batallion 101 and the final solution in Poland*. Penguin Books.
- Cano Gaviria, R. (2009). *El pasajero Walter Benjamin*. Editorial Universidad de Caldas.

- Cardona, L. (2015). Letras en la diáspora. Literatura judía en Colombia, siglo XX. *Cuadernos Judaicos*, volumen (32), 14-48.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7351950>
- Carrillo, J. (2016). *La amenaza y la exclusión: Dinámicas de representación cultural del sujeto nacional y el otro (judío) en Gentes en la Noria: Cuentos bogotanos (1945) de Salomón Brainski*. Colombia. Escuela de estudios literarios.
- Celnik, J. (2021). *El pintor de Auschwitz. Una historia real*. Penguin Random House.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (1994). *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Editorial PRE-TEXTOS.
- Diettes, E. (2005). *Silencios*. Consuelo Mendoza Ediciones.
- Domínguez, C., Saussy, H. y Villanueva, D. (2016). *Lo que Borges enseñó a Cervantes. Introducción a la literatura comparada*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Eger, E. (2018). *La bailarina de Auschwitz*. Editorial Planeta.
- Eidelberg, N. (2000). Tres escritores judeo-colombianos: Guberek, Brainski y Bibliowicz. En: Jaramillo, M., Osorio, B. y Robledo, Ángela. *Literatura y Cultura. Narrativa Colombiana del Siglo XX. Volumen III. Hibridez y alteridades*. Ministerio de Cultura.
- Galvis, S. y Donadío, A. (2011). *Colombia Nazi 1939-1945*. Hombre Nuevo Editores.
- Glantz, M. (1981). *Las genealogías*. Penguin Random House.

- Grimm, J. y Grimm, W. (2013). *Cuentos de los hermanos Grimm*. Imprenta Nacional.
- Guberek, S. (2009). *Yo vi crecer un país*. Siglo del Hombre Editores.
- Guillén, C. (1985). *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada (Ayer y hoy)*. Editorial Crítica.
- Leal Villamizar, L. (2015). *Colombia frente al antisemitismo y la inmigración de judíos polacos y alemanes 1933-1948*. Academia Colombiana de Historia.
- Levi, P. (2020). *Trilogía de Auschwitz: Si esto es un hombre, La tregua, Los hundidos y los salvados*. Editorial Planeta.
- Loureiro, A. (2010). Autobiografía y crisis de la memoria. En Acosta, C. y Alzate, C (Ed.), *Relatos autobiográficos y otras formas del yo* (p. 23-45). Siglo del Hombre Editores.
- Marzán, C. (2015). *Walter Benjamin*. RBA Coleccionables.
- Pineda, A. (2000). Semitismo y modernidad: David, hijo de Palestina. En: Jaramillo, M., Osorio, B. y Robledo, Ángela. *Literatura y Cultura. Narrativa Colombiana del Siglo XX. Volumen II. Diseminación, cambios, desplazamientos*. Ministerio de Cultura.
- Roudinesco, E. (2011). *A vueltas con la cuestión judía*. Editorial Anagrama.
- Schwartz, M. (2005). *El salmo de Kaplan*. Editorial Norma.
- Semprún, J. (2004). *El largo viaje*. Tusquets Editores.

Steiner, G. (1997). *Pasión intacta. Ensayos 1978-1995*. Editorial Norma.

Todorov, Z. (2009). *La literatura en peligro*. Círculo de lectores.

Traverso, E. (2015). *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*.

Fondo de Cultura Económica.

Vásquez, J. (2017). *Los informantes*. Penguin Random House Mondadori.

Volpi, J. (2009). *Oscuro bosque oscuro*. Salto de página.

Walter, B. (1966). *Brecht: Ensayos y conversaciones*. Arca Ediciones.

Wittgenstein, L. (2012). *Tractatus logico-philosophicus*. Alianza Editorial.

Zipes, J. (2014). *El irresistible cuento de hadas: historia cultural y social de un género*.

Fondo de Cultura Económica.